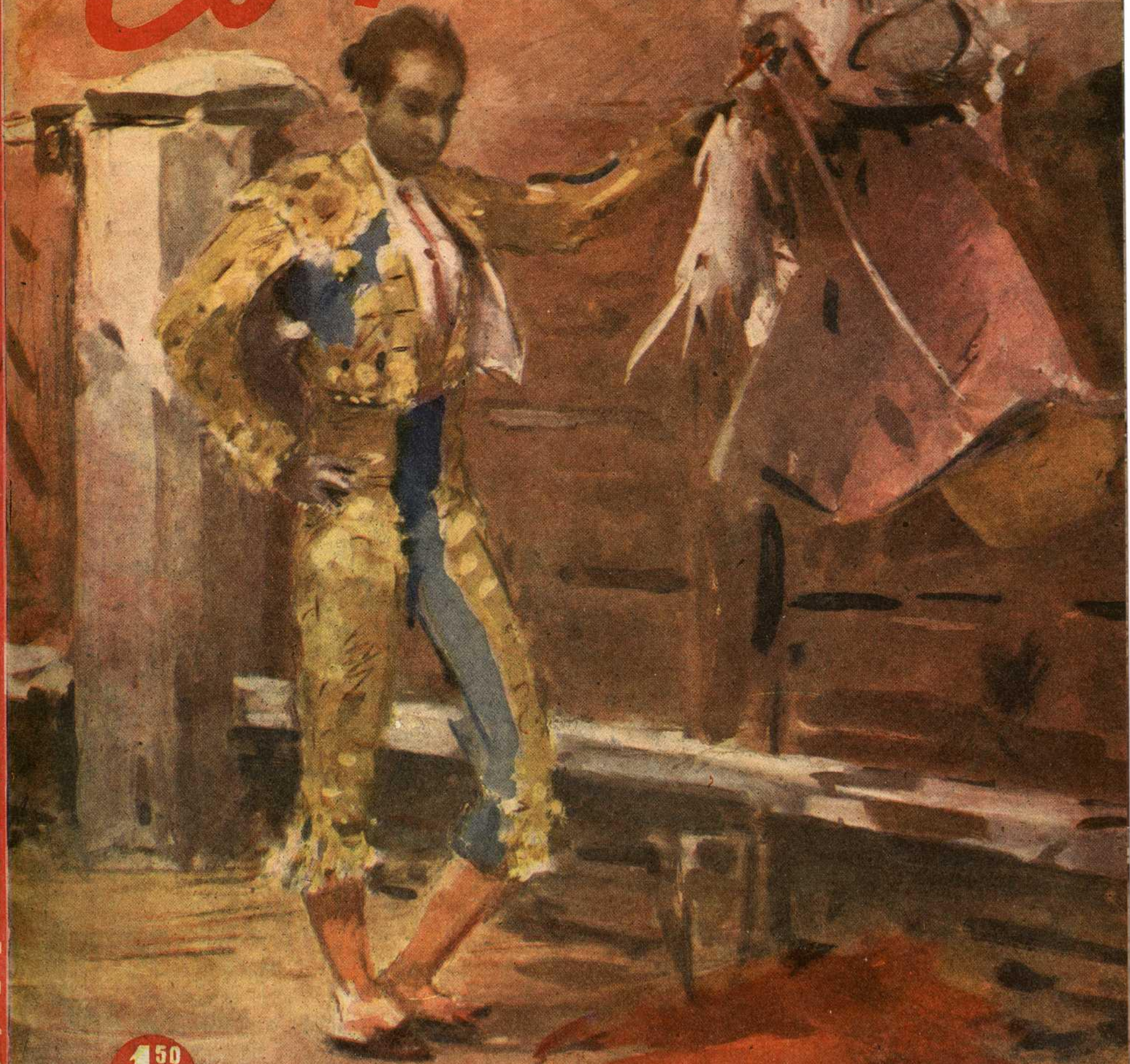
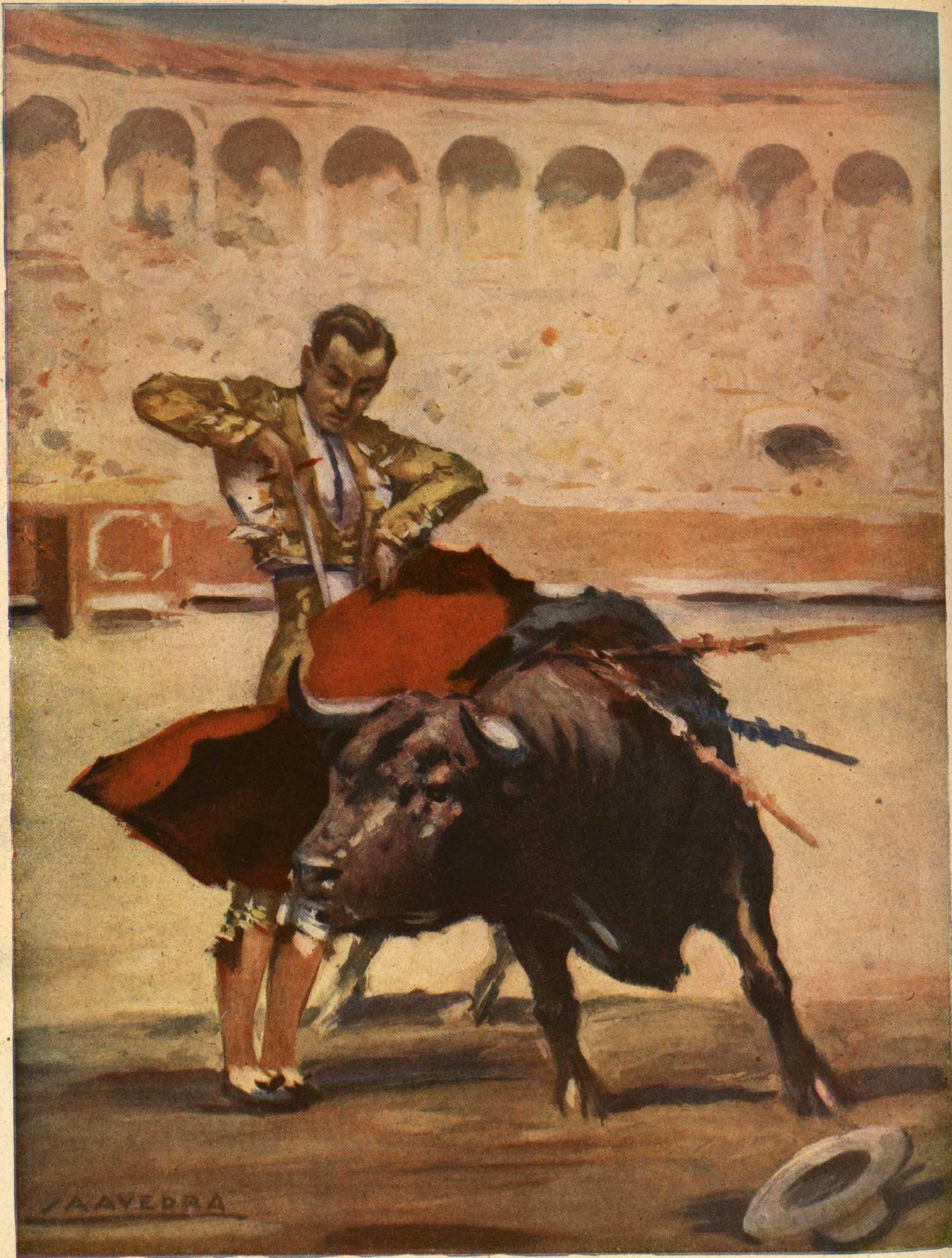


El Ruedo

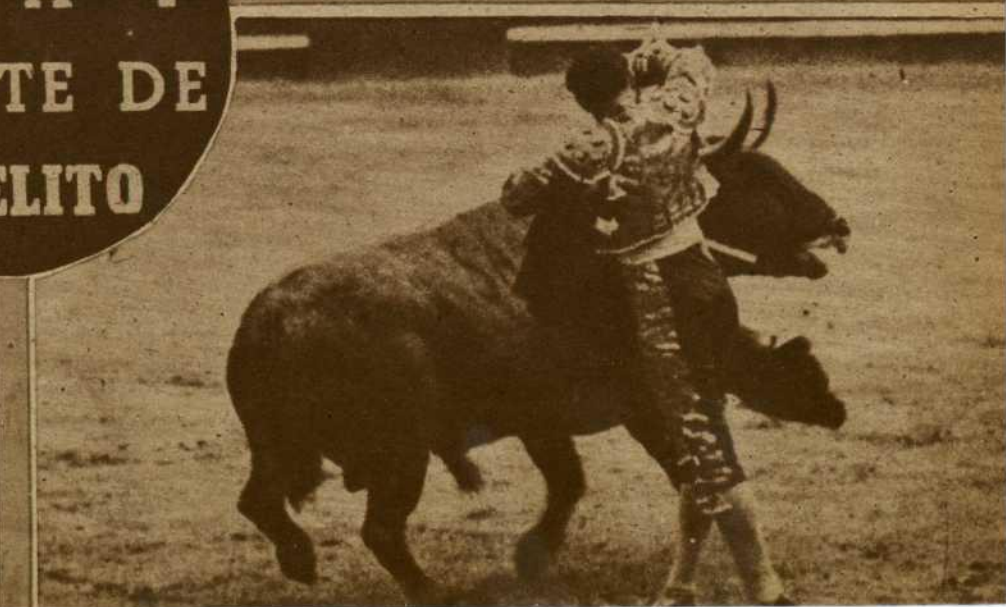
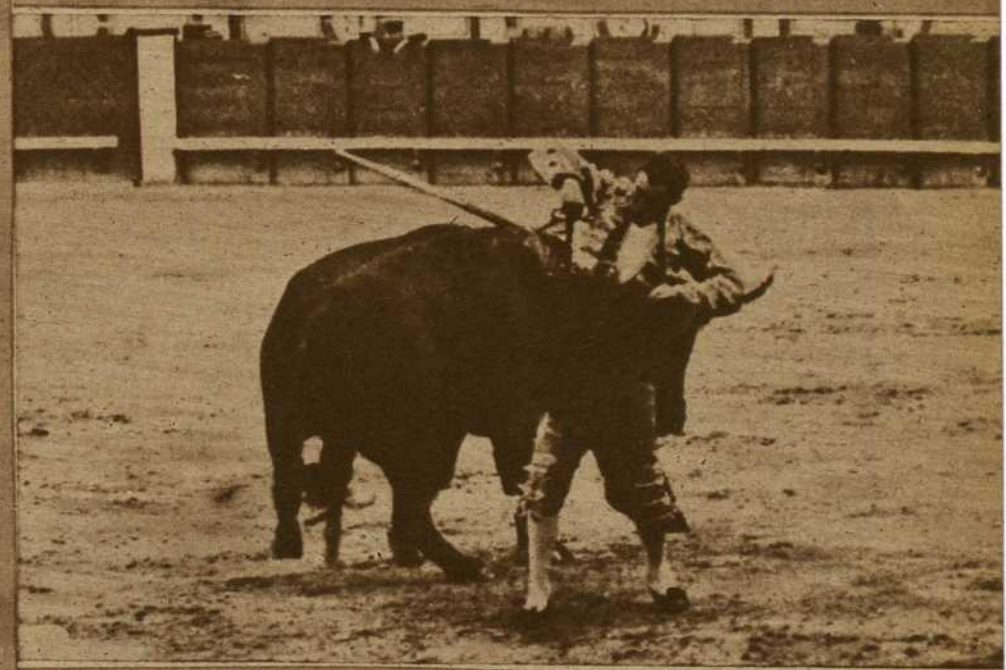
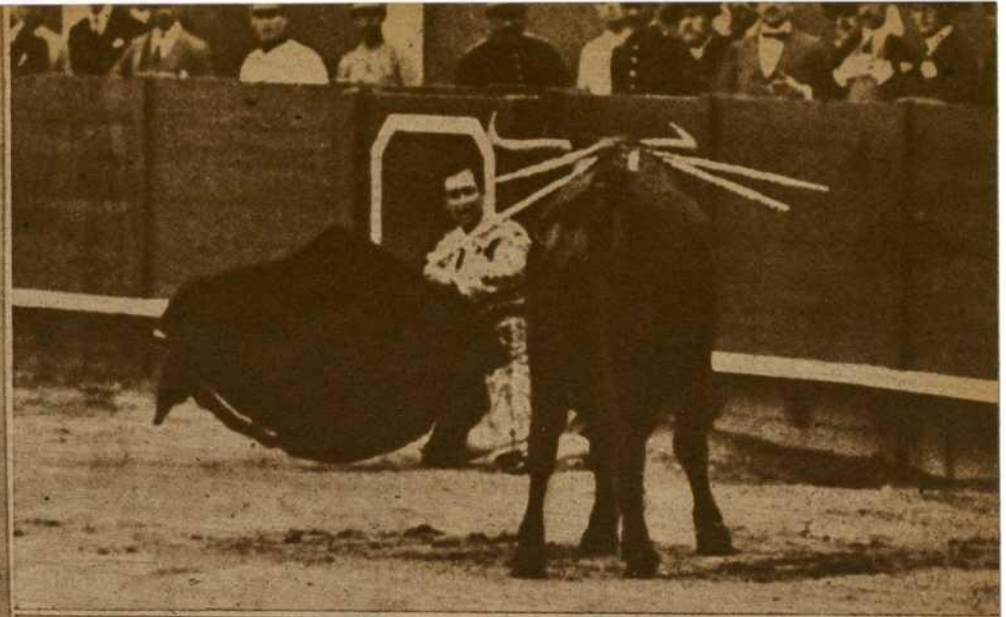


1⁵⁰
Pts

VISPERA DE TALAVERA
ROBERTO DOMÍNGUEZ



JOSELITO, por Saavedra



En este número:

**VIDA Y
MUERTE DE
JOSELITO**

DE LA VIDA DE JOSELITO



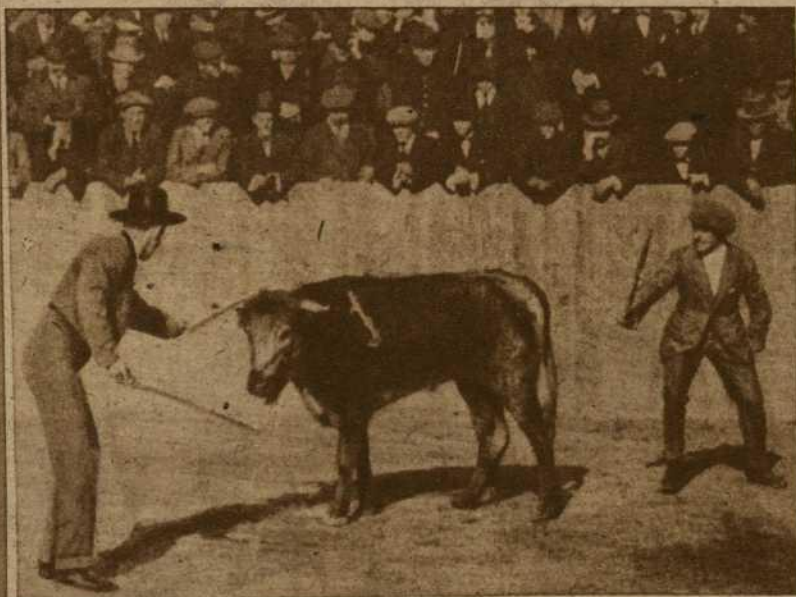
Joselito en la puerta de su finca en Sevilla



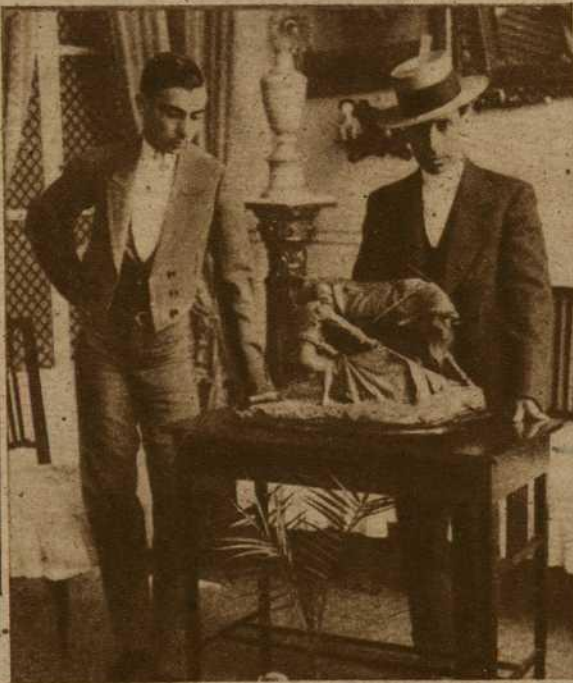
Joselito en la cama cura de las heridas sufridas en uno de los pocos percances que tuvo en su vida profesional



Joselito en el ruedo



Una pintoresca fotografía en la que Gallito, junto con Juan Belmonte, juegan con un novillo en el tercio de banderillas



José con Rafael en su casa de Sevilla



El torero de Gelves muestra su sonriente rostro con "aire deportivo"



Joselito con una pequeña a la que brindó un toro en la Plaza de Madrid



Gallito, soldado



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



HACE veinticinco años, un crítico taurino, refiriéndose a la corrida que se había celebrado el día de San Isidro en Madrid, en la que había toreado Joselito, escribía al final de su crónica:

«Termino con mi pregunta de ayer: ¿Dónde está el toro? Y aun la amplio: ¿Qué se ha hecho del toro? Y más concretamente digo: ¿Quién lo ha hecho desaparecer? Yo creo que debe abrirse una información y hacerse las oportunas diligencias, pues se trata cuando menos de un caso de secuestro».

El ilustre «Sobaquillo» transcribía las anteriores palabras y escribía a continuación:

«—¡Aquí estoy!—ha dicho el toro. Y lo ha dicho en la Plaza de Talavera de la Reina.»
«Es un toro que no falla. A ese no hay quien lo secuestre ni lo elimine de los contratos, ni le limite las hierbas, ni le lime los cuernos, ni lo evite con artimañas, trampas y tranquilos.»

«Un torete de una ganadería medio anónima, y en una oscura corrida provinciana, atropella y destruye en un momento la maestría juvenil de Joselito...»

El autor de las palabras que sirvieron al maestro «Sobaquillo» para escribir su crónica era, sin duda, un «torista» y acaso también un «antigallista». Sus severas, durísimas palabras, enjuiciando la última corrida que Joselito toreó en Madrid, así lo hacen suponer. Era un buen crítico que escribía de la fiesta con idéntico lenguaje que muchos buenos críticos de hoy.

Ante el triunfador, ante el más grande de todos los tiempos, surgía la exigencia desmesurada, y como ante el triunfador de nuestros días, se hablaba de chotos, de cuernos limados, de secuestro del toro, de responsabilidades, etc., etc.

El 16 de mayo de hace veinticinco años cayó en domingo. Las letras de la crónica que enjuiciaba la labor de Joselito del día 15 en Madrid estarían aún bajo las miradas de irritados lectores cuando llegara la noticia escueta, desgarrada y trágica, de la muerte del maestro, y cómo «Sobaquillo» respondería, con doloroso arrepentimiento, a las últimas interrogantes del cronista: «¡El toro estaba en Talavera de la Reina!»

Estaba en Talavera y se llamaba Bailaor, y pudo enganchar y matar, pese a su débil apariencia, a Joselito, al rey de los matadores, al sabio, al maestro, al fácil, al artista impar, al único...

Precisamente cuando estas líneas vean la luz se cumplirán los veinticinco años del drama talaverano, que hoy EL RUEDO trae a sus páginas en homenaje al coloso de Gelves. En ellas desfila con su arte, con su juventud, con su permanente y triste sonrisa, llena de gravedad, enigmática, agorera de su trágico destino, ¡y con su muerte!

Escritores, poetas, pintores y escultores hallaron fuentes de inspiración en su vida, en su arte y en su muerte. ¡En la muerte!, cuando los hombres parecen querer remediar el mal que, acaso sin querer, hicieron.

Año II -- Madrid, 16 de mayo de 1945 -- Núm. 49



¡JOSELITO!

Con su nombre basta para decir toda la grandeza de su toreo

Lector: Hoy hace veinticinco años que murió en Talavera Joselito. EL RUEDO, en este día, efemérides de una fecha trágica en la historia del toreo, rinde homenaje a su memoria, dedicando todas las páginas al recuerdo de su vida y su muerte. Omitimos deliberadamente la información de la actualidad taurina de la semana. Toda la actualidad hoy, es JOSELITO

UN PUNTO DE CONTRICION

Por qué silbé a JOSELITO

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABETE



ENTRE las muchas estupideces que comete la juventud, la más imperdonable de todas es la estupidez de la insuficiencia, el creerse superiores porque se ha aprobado el Bachillerato y empiezan a hacer las ideas en la cabeza. Nos figuramos que estas ideas no se les han ocurrido a nadie, y el joven, en vista de ello, desprecia o mira por encima del hombro a los demás mortales. Esto, exactamente, me pasó a mí con Joselito. Mi afición taurina fué muy precoz. Antes de tener uso de razón me llevaba mi abuelo a los toros. Entonces, en la desaparecida Plaza de la carretera de Aragón, había palcos de sol y a los abonados a ellos se les permitía poner un toldo. Eran unos toldos de colores. Bajo esos toldos, mis seis años abrian mucho los ojos para comprender lo que estaba pasando en el ruedo. Y aprendí a ver toros antes de aprender a leer. De modo que cuando se presentó Joselito en la Plaza de Madrid, yo, a pesar de mis pocos años, me consideraba aficionado viejo. Y decreté, sin considerar el buen éxito que consiguió el gran torero, que no pasaría de ser un torerito arregladito y compuesto.

Las profecías de los toros son muy peligrosas. Y no sólo por las razones por las cuales son peligrosas todas las profecías, sino porque el aficionado que la lanza y no acierta se considera deshonrado si se desdice y reconoce sus escasas dotes proféticas. El que asegura que Fulanito no podrá ganar dinero con los toros y al cabo de dos o tres temporadas le ve pasar por la calle conduciendo un «Rolls», sigue sosteniendo que aquel automóvil es un «Ford» disfrazado y que su propietario es un fachendoso que pidió dinero prestado para presumir de coche.

Joselito, desde sus primeras actuaciones, demostró sus enormes conocimientos, su pasmosa seguridad, su maestría. Y todo esto a los dieciséis años. Pocos más o menos los que tenía yo.

Y aquel chaval era un hombre que dominaba toros y multitudes, que mandaba y era obedecido. Y que en la calle, al cruzarla, tocado con su sombrero ancho y sus brillantes reflejando entre las chorreras de la rizada camisa, todas las mujeres volvían la cara para mirarle. Esto era demasiado para los demás jóvenes, a los que ni siquiera nos dejaban salir de casa por las noches y a los que nos daban dos pesetas los domingos para los gastos de la semana, lo tolerábamos con paciencia y con admiración. Y en vista de esto, con las dos pesetas nos comprábamos un pito, instrumento de nuestra ruina y miserable venganza. Y nos hinchábamos a silbar a Joselito.

Cuando pude darme cuenta de mi cruel majadería, me entró tal remordimiento que desde entonces no he vuelto a silbar a ningún torero.

Pues bueno; esto que me pasó a mí y que con toda sinceridad he confesado, fué el reflejo de lo que le sucedió a buena parte del público que tuvo la fortuna, no estimada ni comprendida entonces, de ser espectadores de las hazanas de uno de los mayores maestros que ha tenido el arte del toreo. Hemos de confesar que Joselito, en la Plaza, era antipático. Siempre la suficiencia y la maestría son intolerables para el mediocre. Aquello de que a Joselito no le cogieran nunca los toros, sacaba de quicio al honrado menestral. La facilidad con que ejecuta a todas las suertes del toreo, también.

En los tiempos de Joselito, yo estaba abonado a la andanada cuarta. Un poco lejos, pero en las corridas de postín costaba la entrada tres pesetas con veinticinco céntimos. Y como a los veinte años lo ojo son dos pismaticos y en la andanada cuarta, aun en agosto, siempre corría brisa, pues aquello era ideal. Mis vecinos y compañeros de abono eran todos hombres tallados. Don Carlos Arrieches, los maestros de armas Angel Llancho y Afrodiseo Aparicio y don Alfredo Sanz, hijo de un famoso tenor de zarzuela del siglo XIX, se sentaban a mi lado, en aquella para mí inolvidable andanada cuarta. Don Alfredo Sanz había visto a Lagartijo y a Frasuelo.

Fué frascuelista rabioso, como en aquella época eran todos los aficionados, rabiosos por Rafael y por Salvador. Dicen que en los toros lo bonito es la pasión. Tonterías. En cuanto un hombre se apasiona está perdido. Si la pasión es por una mujer, ésta lo maneja con un dedito. Si es por un torero, la nube pasional le impide juzgar la labor de los demás toreros. A la andanada cuarta íbamos aquel grupo, capitaneado por don Alfredo Sanz, dispuestos, pasara lo que pasara, a meternos con Joselito, porque nuestro torero era Vicente Pastor. Y empezábamos a meternos con él en el patio de caballos, por si se había negado a dar la mano a un pelmazo que se la alargaba, como pidiendo una limosna.

El solo defecto de Joselito era la hora de matar. Mataba mal. Esto era suficiente para negarle sus enormes dotes de torero. Desde que se abría de capa empezábamos a gritarle:

—¡Sí, muy bonito, precioso, pero ya veremos a la hora de matar!

Joselito no nos oía. Estábamos muy altos. Pero a nosotros nos daba lo mismo. Cogía las banderillas, y esto nos indignaba.

—¡Para eso traes a Blanquet y al Almendro; usted es un matador de toros! ¡Sí; ahora al quiebro, luego al cuarteo, luego al sesgo, magnífico; pero ya veremos con el estoque!

En la faena de muleta, casi siempre tragábamos quina en abundancia; pero nos frotábamos las manos de gusto, considerando que ya faltaba poco para entrar a matar. Cuando el público, subyugado y entregado por una de aquellas sus soberbias faenas, al verle perfilado para entrar a matar, chillaba «No, no!», el grupo de la andanada cuarta se levantaba como un solo hombre y vociferaba:

—¡Sí, sí, idiotas, cretinos; ahí está la verdad y no en las monerías y en los avisados por alto! ¡Entrale a matar! ¡A matar, a matar, que para eso ganas seis mil pesetas! Y Joselito, con el brazo en alto, entraba a matar. ¡Qué alegría si señalaba un pinchazo! Estábamos vengados. Si cobraba la estocada, aunque estuviera colocada en la misma yema, decíamos que estaba atravesada o perpendicular o tendida. Y al dar la vuelta al ruedo, al pasar frente al 8, encima del cual se encontraba la andanada cuarta, Joselito oía, ¡oh, sí, estoy seguro que los oía!, nuestros desahogados silbidos. ¡Qué pensarían de nosotros! Si no nos llamaba más que imbéciles, me doy por satisfecho.

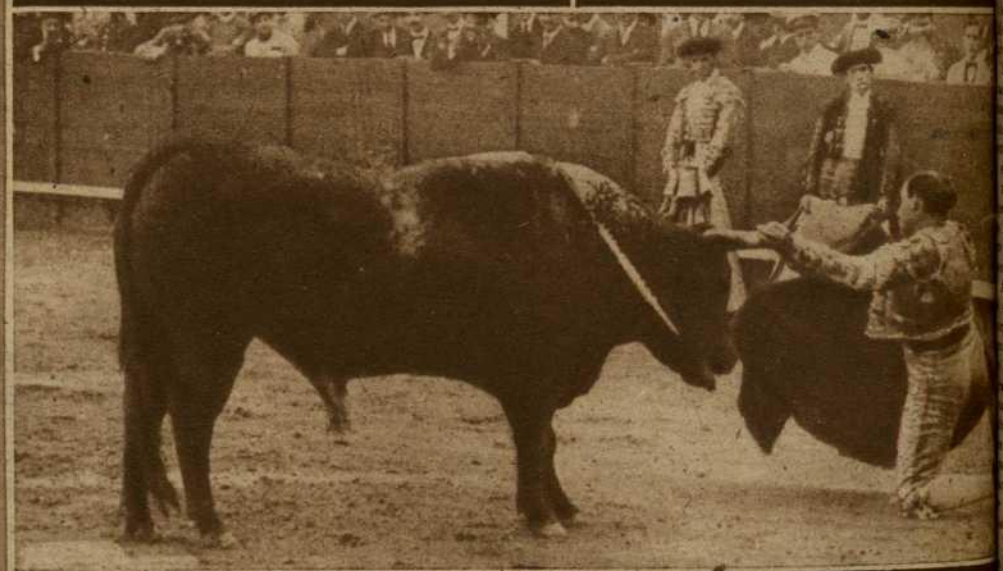
JOSELITO, EN LA PLAZA



Joselito en un pase por alto



Gallito en su famoso "Kikiri"



El torero de Gelves toreando de rodillas



Otro pase de rodillas del torero sevillano

Don Manuel Pineda, único apoderado que tuvo JOSELITO, habla del ídolo

NO TENGAS CUIDADO, QUE A MI NO PUEDE PASARME NADA—DECIA A SU MADRE CUANDO MARCHABA A TOREAR

El vínculo que a don Manuel Pineda le unió con la familia de los Gallo, y sobre todo con Joselito, tuvo mucho más de lazo de índole íntima y personal que inspirada por los intereses.

Este hombre, que conoció como ningún otro los secretos del apoderado Joselito, accedió de buen grado a facilitar sus valiosas impresiones acerca de la figura taurina más rica en matices de la actualidad.

Don Manuel Pineda, que hoy vive en un estrecho recatado, dispensa una noble y cortés acogida. Sentado uno cabe el otro, charlamos largamente del ídolo. Es decir, habló él. El cometido se limitó a oírle, encantado por sólo mis intervenciones terciaron en la charla para atraer los recuerdos.

Para entrar en materia, Pineda me contó cómo conoció a Gallito, Fernando el Gallo, le pidió que se encargara de los asuntos de su hermano Rafael, desde entonces Pineda ha sido su apoderado y apoderado, como lo fué anteriormente de Antonio Fuentes.

Cuando el menor de los Gallo consintió con Limeño la cuadrilla de Niño Sevillano, la señora Gabriela, perseguida de la honradez y seriedad de don Manuel, le suplicó que se encargara de apoderar al neófito torero. Limeño propuso a su padre para el cargo, pero a última hora prevaleció el criterio presentado por la madre de los Gallo.

A propósito de la época de novillero Joselito, recuerda mi interlocutor unos días antes de que se verificara su presentación en Madrid quiso mostrar los toros que habían lidiarse. La Empresa accedió de buen grado a estos deseos, e incluso siquiera tuvo gusto de acompañar al torero y a su apoderado en su visita. La corrida anunciada pertenecía a la casa de Tovar, y al verla José puso cara. «Estos toros no me sirven», dijo. «Pero, hombre—dijo el gerente—, ¿qué inconvenientes ves en estos toros?» «Inconveniente... uno muy grande—prosiguió el diestro—, que no responden a la importancia de la Plaza donde van a lidiarse y además quiero que el público de Madrid vea con enemigos de respeto».

Ante tan categóricas razones, accedió el empresario a que se sustituyera la corrida por otra. Pero aquí surgió el conflicto; sólo había en los prados cinco novillos mozos de Olea y un toro castrado y poderoso de Santa Coloma. Desde el primer momento excitó la atención de Joselito. Y sin atender a razonamientos que le hacían esperar a que hubiera novillos, insistió, que al fin consiguió que anunciara la corrida a base del gallo castrado.

Como Limeño dió por bueno cuando había hecho su compañero, se celebró la presentación de ambos con los toros referidos. La corrida arrojó un promedio de 333 kilos, y el tiro primero pesó 345 kilos.

En el extenso trato que usted tuvo con su torero, ¿qué faceta de su carácter le impresionó más?

Lo que más le admiré era el respeto que sentía a sus mayores y el cariño con que siempre acogió a cuando se le acercaban. El Gallo, padre, no pasó por su mujer, y Joselito tenía adoración hacia su madre. Fernando le entregaba cuanto dinero ganaba. «Toma, Gabiela—le decía siempre—, Pa que te diviertas».

Luego el hijo hizo lo mismo, y la señora Gabriela disponía, administraba y gobernaba la casa, y tanto José como Rafael eran felices con que así fuera.

Todas las exquisiteces de la ternura de Joselito, todas las sublimidades de su corazón, fueron siempre puestas a contribución de la madre cariñosa. «No tengas cuidado, mamá, nada puede pasarme», decía siempre que partía para toroar.

Se ha hablado de que a José le caracterizó cierto espíritu de independencia, de tacañería... ¿Joselito no fué tacaño. Lo que sucedió es que nunca quiso estar estúpido.

¿Pudó a caer en el endiosamiento quien, como él, puso la cabeza en su más alto esplendor?



—Gallito era una filigrana, una maravilla, y sin embargo nunca se vió dominado por la soberbia. Su fuero como artista no se lo restaba nadie, y él era el primero en procurar justificar su fama en todo momento. «He estado regular», decía con aquella su característica sonrisa, después de una tarde apoteósica.

—¿Llegó a ser feliz con otros amores que nada tienen que ver con los maternales?

—La seriedad de José rimaba mal con los devaneos pasajeros e intrascendentes, y aunque, como es natural, tuve siempre buen cuidado de no bucear en esta clase de sentimientos de mi amigo, me atrevería a decir que sólo tuvo una novia, de cuyos amores contadísimas personas tuvieron noticia. Una infranqueable barrera de finajes se interpuso entre los enamorados, y la terquedad familiar hizo imposible la santificación de aquellas relaciones.

Después de la tragedia de Talavera, me hice cargo de un paquetito de cartas amorosamente guardadas en el bursó de Joselito. Tal y como estaban, las puse en manos de un venerable sacerdote que tenía a su cargo la dirección espiritual de la mocita. Y la que no pudo ser ante Dios y los hombres inseparable compañera del ser querido, ha consagrado a su memoria toda su vida, negándose a aceptar las peticiones de matrimonio que de otros hombres partieron.

—¿Cuánto llegó a cobrar como máximo de los toros?

—En su última época cobraba diez mil pesetas por corrida, y doce mil en las corridas en las que tenía que matar tres toros. En Madrid y Bilbao, por encerrarse con siete astados, percibió cinco mil duros, y la misma cantidad le pagaron en Valencia por matar seis toros, corrida que se vino repitiendo durante los cuatro últimos años de su vida. Por cierto, recuerdo que al concluir su hazña de despachar los siete bichos ante los bilbaínos y cuando lo sacaban en hombros, surgió una voz potente que gritó: «Bien has estado, chaval, pero bien has cobrado». Sin duda no se podía prever entonces que llegaría un día en que se cobraría bastante más por... matar dos toros.

—Lo que va de ayer a hoy, don Manuel; y ahora, dígame, ¿por qué se hizo Joselito ganadero?

—Verá usted: José adquirió la ganadería de Benjumea para extinguirla. Esta vacada era un tanto peliagosa y se propuso evitar a sus compañeros, y a él mismo, los frecuentes riesgos que estos animales tenían. De aquí que, nada más adquirirla, vendió a precio de carne todas las vacas, y los ercales y los afrejos se los enajenó al ganadero Curro Chica con algunas vacas que quedaban.

—¿Cómo se enteró usted del triste fin de Joselito?

—José sabía que yo no aprobaba su torca decisión de ir a toroar a Talavera. Al ver que mis ruegos no le hacían revocar su determinación, me negué a acompañarle aquella vez, y pretextando querer tomarme unos días de descanso, marché a Sevilla. El día 16 de mayo por la tarde, estando yo en un café llamado «La Perlas», vino a buscarme un íntimo del diestro—Juan Antonio Jacobo—, diciéndome así sabía algo de Talavera. Aquello me extrañó tanto que, sin pérdida de momento, me fui a la Telefónica, cuyo jefe era pariente mío. Allí me entregaron un telegrama suscrito por Parrita, primo de José, y al que acompañaba desde los tiempos de la cuadrilla juvenil. El telegrama decía así: «Cornada grave». Aun permanecía en

la oficina de mi familiar, cuando un empleado me hizo entrega de otro despacho; en él se daba la noticia del fallecimiento. Todavía no sé bien lo que me sucedió. Recuerdo que cuando recibí un poco el ánimo, me fui a mi casa y encerrado en mi despacho estuve mucho tiempo. Luego bajé las persianas de los balcones, di la noticia por teléfono a un famoso ganadero amigo íntimo de José, descolgué el aparato y salí en el correo para Madrid.

F. MENDO

8-mayo-1895 a 16-mayo-1920

Datos biográficos de JOSELITO



Joselito en su primera época de matador

EN la huerta llamada El Algarrobo, sita en la calle de la Fuente, número 2, de Colves (Sevilla), nació, el 8 de mayo de 1895, José Gómez Ortega, hijo de Fernando, natural de Sevilla, y de Gabriela, natural de Cádiz. Apenas cumplidos los dos años del nacimiento de José, muere el padre, y la familia se trasladó a Sevilla y alquila una casa en la calle del Relator. Seis años tiene José cuando va a Cádiz para ver toroar a su hermano Rafael. Vuelto a Sevilla, son frecuentes sus ausencias al colegio de la calle de la Feria y frecuenta, en cambio, con otros chiquillos, la huerta de la Barqueta, propiedad del médico don José Sánchez Mejías, padre de Ignacio, y allí simula suertes con las vacas lecheras que hay en la finca. Se deja coleta, y es la máxima autoridad entre los chiquillos que en la Alameda de Hércules lucen sus habilidades taurinas.

A los ocho años asiste, con sus hermanos Rafael y Fernando, a un tentadero, en la finca de Palmete; pero le atropelló una becarrilla, se asustó y no quiso continuar la prueba. Poco después fué a otro tentadero que se celebró en el cortijo El Quintillo, de don Anastasio Martín, y recibió allí una lección práctica de Enrique Vargas, Minuto.

A los nueve años asiste a una capea en Coria del Río. Ve que un banderillero no sabe qué hacer para clavar, y grita: «Donde tú estás no se arranca el novillo; ven y ponte aquí.» Se lanza a la Plaza y clava al bicho un par de banderillas cortas que lleva prevenidas.

A los once años frecuenta los tentaderos de los ganaderos de Miura, Pablo Romero y demás ganaderos andaluces.

El 19 de abril de 1908, sin haber cumplido los trece años, viste por primera vez el traje de luces—un traje verde y negro, alquilado—en la Plaza de la Frontera.

En 1909 torcea con Limeño. Durante el invierno siguiente encuentra cierto día a un aficionado que, a pie, sigue el mismo camino que llevan a caballo José y sus amigos. Joselito hace que suban al aficionadillo a un caballo. El aficionado se llama Juan Belmonte. Sigue torcando con Limeño en 1910 y 1911.

El 13 de junio de 1912 hace su presentación en Madrid. La Empresa ha preparado una novillada del duque de Tovar, que a Joselito le parece pequeña. No hay otra novillada, y torcea por tal una corrida de toros de Olea. El 28 de septiembre su hermano Rafael le da la alternativa en Sevilla. El toro de la cesión, de la ganadería de Moreno Santamaría, se llama Caballero. El 1 de octubre se la confirma en Madrid con el toro Ciervo, de Veraguas. Torcea en 1912 catorce corridas de toros. En 1913 torcea ochenta. En 1914 perdió treinta y seis y torcó setenta y cinco. En 1915 torcó ciento dos, y en 1916 y 1917 sigue andando camino. En 1918, por un percance sufrido en Zaragoza y a causa también de una enfermedad, torcea menos. El 25 de enero de 1919 murió su madre. Por ella rescindió un contrato que tenía con la Empresa de Lima, contrato que firmó y cumplió al invierno siguiente. La temporada de 1920 la empezó el 4 de abril, en Sevilla. Cuando Bailaor acabó, en Talavera, con la figura más grande del toro, Joselito, llevaba torcados veinte corridas.

Desde que tomó la alternativa hasta su muerte, torcó (incluidas las diez de Lima) 680 corridas y dió muerte a 1.557 toros.

El 16 de mayo de 1920, torcando con su hermano político Ignacio Sánchez Mejías reses de la viuda de Ortega, en Talavera de la Reina, el quinto, Bailaor, le cogió cuando José miraba la muleta para arreglarla o para cambiarla de mano. Recibió tan tremenda cornada en el vientre, que dejó de existir a los pocos minutos de haber sido llevado a la enfermería.

«Sánchez Mazas dijo en sus «Copias para guitarra en la muerte de Joselito»:

«Cuatro blandones había y cuatro banderilleros, llorando en la enfermería a la flor de los toreros. ¡Cuatro blandones había!»

NOSOTROS, LOS GALLISTAS

Confesiones de un admirador que no vió a Joselito

Por EL CACHETERO



Joselito, con traje de luto por la muerte de su madre, en la feria sevillana de 1920

PERMITASEME confesar inicialmente que la presente tarea es la más difícil que se me presentó en mi corta vida de escritor taurino, en los breves años que esta firma lleva corriendo por los papeles que de la fiesta de toros se ocupan. ¡Ahí es nada pensar que la magnitud de Joselito haya podido incidir en esta pluma crítica, por más que de homenaje de señalado aniversario se trate! ¡Ahí es nada confesar un fervor absoluto y una filiación taurina sin vacilaciones, cuando la verdad es que mis cortos años me privaron de ver la majestad torera de Joselito el Gallo! Estas son dificultades a vencer, o a estrellarse en ellas con la mejor intención, con la intención de la glorificación del mejor torero que pisó las Plazas.

Nosotros, los gallistas —me gusta empezar así y añadirme, sólo por milagro de fe, al gallismo militante—, somos así. Somos de los que creemos que la fiesta de toros aún anda con las tocas de la viudez, que se encendieron como llama funeral de ébano

una tarde en Talavera, veinticinco años hace. Aquella tarde se perdieron con Joselito muchas cosas que no han vuelto a aparecer por las arenas donde los toros salen a poder a los toreros. Una de ellas, el freno sabio, la contraposición, que hacía que la revolución que el otro gran torero de la mejor época que conocieron los toros fuese positiva y se cuajase de adiciones. Todo ello era posible porque Belmonte había descubierto genialmente que la teoría de los terrenos taurinos admitía un plus ultra. Pero allí estaba José para que esa adición no se sumase al toreo, restando, al par, sus dimensiones inmutables. El también murió, como murió Belmonte —¡qué gran pareja de toreros!—, que paradójicamente, una vez desaparecido José, fué quien con más pureza exhibió por las Plazas, en aquella su primera reaparición después de la tragedia —esos trances ya me fué dable contemplar—, lo que José le había añadido, los valores básicos que una cerrada, nobilísima, competencia con el coloso que mató Bailaor le había volcado sobre los alamares. He aquí una ventaja —contra muchos inconvenientes— de no haber nacido unos años más allá. La ventaja de la pureza con que pude admirar a Belmonte, por lo suyo y por lo que del otro traía encima.

Si hubiera sido de los gallistas que anduvieron a golpes y discusiones cuando las corridas de competencia del año catorce, algo me habría empañado la admiración que me merece el más auténtico fenómeno que ha aparecido en los toros. Tan fenómeno, que se elevó a torero de época, porque José estaba allí.

Si la herejía puede recaer sobre el que es más papista que el Papa, la herejía actual del toreo es de ser más belmontista que Belmonte. Si fuera posible que éste, con el mejor vigor de sus años y en su mejor "forma" taurina —no encuentro vocablo más expresivo que éste, que tomo prestado del deporte—, pudiese alternar con los actuales belmontistas, que han elevado la escuela a un punto, quizá, bellísimo, de decadencia, como fruta deliciosa y viciosamente sazónada, podría verse con los ojos de la cara lo que Joselito fué en los toros. Uno ha encontrado ya concebida la fiesta en un tono unilateral, sin más freno que las excepciones del propio Belmonte, por lo que antes dijimos, y las más palidecidas de Granero, y algunos aspectos de

Marcial Lalanda. Uno ha encontrado ya la fiesta viuda. Y por eso, el estudio atento del pasado, tan próximo, de la leyenda y del mito taurino de Gallito, señaló el camino sin duda alguna. Uno es gallista desde entonces, y con tal filiación me confieso cuando ahora me preguntan sobre mi simpatía a este o a otro ismo actual. Yo no sé si estoy solo entre mis coetáneos en tal postura, que a lo mejor me viene por herencia de un abuelo que fué lagartijista y de un padre cuya vida taurina empezó por Guerrita y acabó con Joselito, o si existen gentes en mis circunstancias. No lo sé, sino que el grupo ha de formarse y aumentar inexorablemente el grupo de los que creen que la fiesta de los toros ha de salvarse por el gallismo y lo que representa.

Si esto, a los veinticinco años de morir, no sirve como el mejor homenaje a Joselito, no sé cuál servirá. Hacer creyentes tras de la muerte, ganar batallas como la que ha de ganarse después de muerto, es privilegio de grandes héroes. Del gran héroe de los toreros que fué Joselito, el mejor torero que pisó los ruedos.



PERFIL HUMANO DE JOSELITO

"Fué un gran torero, pero como hombre valía todavía más", dice Antonio Parra



Antonio Parra

EL MAESTRO DE GELVES PENSABA RETIRARSE EN LA TEMPORADA DE 1921

FUE un gran torero, sí señor... Pero como hombre todavía valía más. Y mire usted que como torero era grande...

Así, con frase tan sencilla, destaca el perfil humano de Joselito, Antonio Parra, Parrita, que unido a él por lazos de parentesco —eran primos hermanos—, siguió su carrera desde sus prometedoros principios al doloroso final de Talavera.

—Era alegre sin exageraciones, muy serio para todas sus cosas, con un corazón que no le cabía en el pecho... Le gustaba, como a todo el mundo, la fiesta y el cante, pero sin extralimitaciones...

—¿Y el dinero?

—Al dinero no le tenía gran aprecio... Cuando empezó a ganarlo él se hizo cargo de su casa, sin permitir que Rafael, que para todos había sido como un padre, pagase nada.

—¿Ganó mucho toreando?

—Sería difícil ajustarlo... Pero al morir tenía un capital de unos tres millones de pesetas. De ellos casi la mitad era en metálico. El resto estaba representado por alhajas, valores, fincas... Como no hizo testamento, sus cinco hermanos heredaron por partes iguales.

—¿Cuánto cobraba José por corrida?

—En aquella fecha se pagaba poco. Hubo corridas que llegó a cobrar doce y catorce mil pesetas... Pero entonces eso no era frecuente. Una vez, después de matar seis toros el solo en una corrida a beneficio de la Prensa, fueron a pagarle los directivos. Traían veinte mil pesetas en billetes y preguntaron a José cuánto quería cobrar. «Echen ustedes billetes», les dijo en broma. Y cuando había sobre la mesa doce mil pesetas, les detuvo con un gesto. «¿Les parece a ustedes bien?» «Hombre, José...» «Pues para mí ya está bien... y cóbrense de aquí las entradas que yo mandé retirar». Los directivos de la Prensa se negaron, pero Joselito insistió: «O toman ustedes el dinero de las entradas o se lo llevan todo...» Y no tuvieron más remedio que cobrarse las entradas, que sumaban alrededor de quinientas pesetas. Así era José.

—¿Y en América, ganó mucho?

—Mucho... Pero entonces, como ahora, donde se pagaba bien a los toreros era en Méjico. Y allí no fué porque cuando iba a hacerlo estalló no sé qué revuelta y se suspendieron las corridas de toros. Fué una lástima, porque allí, Joselito, hubiera hecho una temporada espléndida...

—¿Nunca pensó Joselito en retirarse?

—Sí... Su deseo era irse de los toros en la temporada de 1921. Precisamente unos días antes de su muerte, estando vistiéndose para ir a la Plaza, le dijo al conde Heredia-Spinola: «Es menester que vaya usted preparando el regalo...» Se extrañó el conde y le preguntó: «¿Pero te casas?» «Sí, señor..., muy pronto. Pero antes me retiraré de los toros». «¿Y cuándo será eso, José?», volvió a preguntar el conde. «Cuando usted me vea una tarde haciendo el paseillo con el capote que me regaló, diga usted que esa es mi última actuación...» El pobre no pudo ver cumplidos sus deseos. Yo, después de muerto José, le devolví al conde aquel capote que pudo servir de señal incruenta del fin de la carrera taurina de Joselito.

Parrita, que sabe innumerables anécdotas de José, nos habla a continuación de cómo mantenía el infortunado diestro sus competencias dentro y fuera de la Plaza, poniendo junto a su amor propio profesional una nobleza ejemplar y sin límites.

La gente conoce muchos detalles de su rivalidad con Belmonte; pero en cambio no sabe qué concepto tenía Joselito del compañerismo. Una vez llegó a Sevilla el empresario de una Plaza del Norte de España dispuesto a contratarle... Joselito lo recibió con gran cordialidad; pero le hizo una advertencia: «Charlaremos cuanto usted quiera, pero ni una palabra de toros... Esa Empresa le debe a Juan Belmonte un dinero y hasta que Juan no cobre yo no tóreo allí...» El empresario se deshizo en excusas, habló de la gran distancia que había salvado para venir a Sevilla, de las dificultades que habría para entablar comunicación con los demás socios...; pero Joselito se mantuvo firme, y la Empresa tuvo que pagarle a Belmonte la cantidad que le debía. Sólo así pudo contar con Joselito para los carteles que preparaba.

Por último, Parrita —que dedicó, a raíz de la tragedia de Talavera, un libro a la vida y muerte de Joselito, donde se contienen multitud de interesantes pormenores— nos refiere, tras los detalles de la cogida, los momentos que siguieron al suceso, el dolor de los hombres de la cuadrilla, el recuerdo de la capilla ardiente, el llanto de Rafael y la angustia de Fernando, el otro hermano de Joselito, que anduvo vestido de torero por la Plaza hasta que anocheció, buscando en la soledad consuelo para su pena...



Parrita, pariente de los Gallo, con Rafael

28 DE SEPTIEMBRE DE 1912

JOSELITO toma la alternativa en Sevilla, de manos de RAFAEL



Dos momentos de la alternativa de Joselito, concedida por su hermano Rafael. El toro se llamaba Caballero y era de Moreno Santamaría

CUATRO ANECDOTAS DE JOSELITO

GENEROSO Y FILOSOFO A UN TIEMPO

CONOCIDA es la ponderación y el buen tino que usaba Joselito en todos los actos de su vida. Sin embargo, dada su fama, su fortuna y las simpatías de que hallábase rodeado siempre, algunas veces le era indispensable alternar con sus amigos y romper, en cierto modo, la consigna de sus morigeradas costumbres. Una de estas veces, estaba en un café con algunos admiradores de uno y otro sexo, cuando se le acercó un camarero, entregándole una carta. Sus amigos vieron que Joselito desplegaba una sonrisa especial y echaba mano a la cartera. Sacó cinco billetes de cien pesetas y se los entregó en un sobre al portador de la misiva petitoria.

Uno de los amigos, escritor de gran renombre, dándose cuenta de la situación y de la categoría del peticionario, por lo importante de la cantidad pedida, y tan rápida y generosamente otorgada, le dijo a Joselito, bromeando:

—Un sablazo, ¿eh?

Joselito le mostró entonces la carta, sin dejar de sonreír, y sólo hizo el siguiente comentario:

—No vale la pena. Estos son gajes del oficio. Estoy seguro de que le ha costado a él más vergüenza pedírmelo que a mi molestia dárselo...

DE TODAS LAS MANERAS SE HACE PATRIA

Estando en San Sebastián, Joselito fué visitado un día por una bella dama francesa, que desde el primer momento le expuso sin rodeos la ferviente admiración que sentía por su arte.

—Desearía—le dijo emocionada la francesa—obtener de usted un gran favor.

—Usted dirá, madame—correspondió Joselito, sonriente—. Y si está en mi mano concedérselo.

—Seguro que sí, porque sólo se trata de que me autorice a pintar su retrato vestido de «torero». ¿Me negará este favor?

—De ningún modo, siempre que usted no tarde mucho tiempo en pintarlo. ¿Como cuantos días necesita para hacerlo?

—Oh! Poco. Unas seis semanas...

—Entonces—la desengañó Joselito, amabilísimo—tendremos que dejarlo para la temporada próxima, y mientras tanto, puede usted ir aprendiendo a bailar las sevillanas. ¿A ver qué tal las baila madame para cuando yo vuelva!

CHARADA AMOROSA

En Salamanca le dijeron a Joselito que una bellísima y aristocrática muchacha de aquella sociedad se interesaba por él extraordinariamente.

—Es tan inteligente—le informaba un buen amigo al gran torero—, que para referirse a ti nunca te nombra, por temor a que se descubra demasiado su secreto, y sólo dice siempre «él». Pero ya todo el mundo sabe aquí quién es «él». Ya comprendes. Eres tú...

Llegaron las corridas de Salamanca, y una tarde, Joselito, que estaba portándose como quien era, recibió, después de una gran faena, un precioso estuche con una medalla de oro; en cuyo reverso iba grabada la siguiente lacónica, pero expresiva, dedicatoria: «A él. Yo.»

Cuando llegó al hotel, Joselito se arrancó el más bello brillante de su camisa de torero y, metiéndolo en el mismo estuche de la medalla, se lo envió a la desconocida enamorada—ya enterado de quién era, aunque sin haberla visto nunca—, con la también sintética y delicada clave: «A ella. El.»

En Salamanca, todo el mundo conocía a la muchacha en cuestión por el absurdo, pero graciosísimo, remoque de la «charada amorosa»...

ASI SE MATAN LOS TOROS

Un ilustre diplomático americano llegó a Madrid sin haber presenciado en su vida una corrida de toros. La causa era, sencillamente, que no le interesaba la fiesta, aparte de que se le habían presentado pocas ocasiones de asistir a ella. Ya en Madrid, fué presentado a Joselito, el cual se quedó estupefacto cuando el diplomático le dijo que no sabía lo que era ver matar a un toro en un ruedo.

—Pero, ¿siente usted curiosidad por saberlo?—le dijo Joselito sonriente.

—¡Hombre! Si es usted el que ha de matar al toro...

—Desde luego. Yo seré. Y desde ahora mismo queda usted invitado a la primera corrida que toree en Madrid, que será muy pronto.

En efecto, llegó ese día, y Joselito invitó al diplomático. Después de



Una original caricatura de Joselito, que recoge su gracia torera y las características más personales del genial torero

una faena inmensa, el torero se dirigió al hasta entonces tauróforo y le brindó la muerte del toro con estas sencillas palabras:

—«Así se matan los toros...»

Fué algo inenarrable; y el diplomático americano no perdió ya ni una corrida durante todo el tiempo que estuvo en España, proclamando siempre que Joselito era el más formidable torero que había visto en su vida...

RAFAEL ANTE EL RECUERDO EMOCIONADO DE JOSELITO

"Mi hermano era un torero cabal y completo..."

Por FRANCISCO MONTERO GALVACHE



DENTRO de Rafael Gómez no hay un Gallo, sino dos: el que la gente dice que hay y el otro. To-

do aquello que suele atribuirse al genial torero vive sólo en El Gallo, que no tiene una existencia real. Lo profundo y verdadero, lo que constituye su legítima personalidad, hay que buscarlo en el «otro». El mismo, con persuasiva palabra, nos lo dice así:

—No crea usted en mi leyenda. Los que escriben han fabricado una leyenda de mi vida. Yo nada puedo hacer ya por evitarla y deshacerla. Es como a los hombres que se destacaron en algo hace muchos años. Los vemos deformados por lo que nos cuentan de ellos. Se amontonan las cosas sobre sus vidas y ya no hay medio de verlos de verdad. A mí me atribuyen muchas cosas que yo no tengo, y dentro de mí va la verdadera procesión. Mis cosas, mis sentimientos...

Alguien pasa. La vida de Rafael transcurre así, en esta Sevilla que el maestro adora con toda su alma. Un saludo y una sonrisa. La simpatía de Rafael es algo tan contagioso que todos participan de ella. La gente lo contempla —a pesar de esa «leyenda» con la que él no está de acuerdo— como una estampa de un tiempo que se nos va de las manos.

A este Rafael Gómez —sombbrero negro, andar garboso y medido, perpetuo habano de espeso humo sobre el aire cálido y primaveral de Sevilla— queremos hoy hablarle de una de sus más fuertes y recónditas inquietudes: el recuerdo del hermano muerto. Y Rafael se concentra. Cruza por él toda esa tragedia que el tiempo no puede borrar. Nos dice:

—Es difícil hablar de José. Mi hermano era —como se dice— *cabal* y completo. Por encima de su categoría artística de torero excepcional, está su «categoría de hombre». José era... como las alas del *arcángel* San Gabriel. Tenía una gracia serena y fina. Tenía un conocimiento de su vocación que nadie superó jamás. Y nos adoraba a todos.

Abrimos un silencio grande. Rafael se concentra ahora en un reloj que nadie puede escucharle. Dentro de este monólogo entrañable se desbordan sus recuerdos secretos. ¿Qué habla Rafael en estos momentos en que se aisla de nosotros? Asistimos, callados, a estas frases en que el maestro alivia su intimidad venerable y esperamos su charla:

—Le digo que nos adoraba, porque José fué un hijo y un hermano como ha habido pocos. Ya desde niño lo era, ¿verdad, Parrita? ¡Si lo hubiera usted visto con su blusa de marinero por las calles de Cádiz, cuando iba a mis *corrias*! Ya era serio, pensador, inteligente. Me mi-



Joselito y Rafael, dispuestos a hacer el paseillo en una de las corridas en que ambos hermanos torearon juntos

raba con mucha seriedad, dándose cuenta ya de que este oficio de *toreá* es una cosa *mu serio*. Y después

—agrega Rafael— vivió para eso. Le dolían las injusticias, las ingratitudes. Pero estaba siempre sereno y tenía mucha dignidad, mucha. Mire usted (Rafael se ha quitado su sombrero negro. Cuando la calva venerable del genial maestro asiste, desnuda, a lo que se habla, estamos ya ante la escultura. Rafael el «otro», es decir: el verdadero, este hombre sencillo y claro, afable y conversador, silencioso y selecto, que cruza, minuto a minuto, los cafés, los rincones, las calles de toda Sevilla. Deja reposar el puro sobre el cenicero y prosigue):

—Mire usted: Un día toreamos juntos en Valencia. Yo había *estao* malamente en la *corria* anterior, y el público, al hacer el *paseillo* con José, empezó a gritarme. Mucho, ¿sabe usted? Lo mío siempre fué mucho. Las broncas y los delirios. Pero vamos a dejar esto. En mi primer toro no me dejaron *hacer na*. Arreció la bronca. Yo salí como pude. Pero aquí viene lo bueno. Salió el toro de José. Y cuando cogió la *espá* y la *muleta*, se fué delante del tendido donde me gritaban con más fuerza y me llamó. Yo —figúrese usted— me fuí a su encuentro con mucho miedo. ¿Verdad, Parrita? Y el público, extrañado, dejó la bronca para oír el brindis. Y me dijo *mu serio* y con mucho cariño:

«Brindo este toro por el torero más grande que ha *habío* y que habrá nunca.»

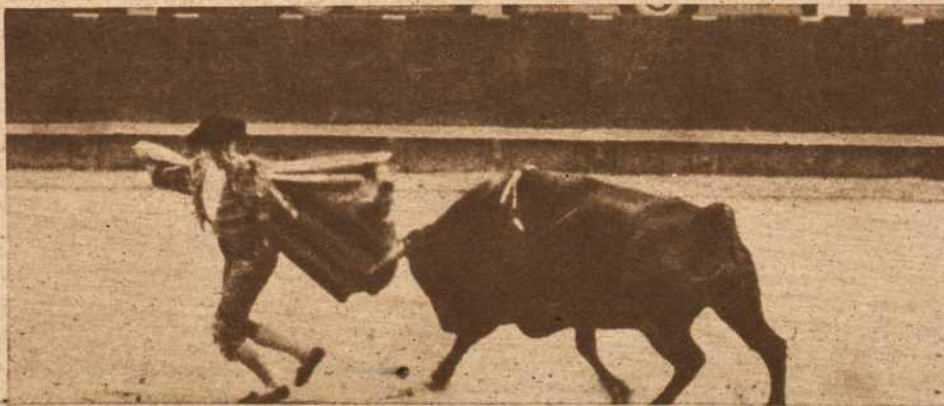
Las palmas echaron *ma humo* que *tos los cigarros* que yo me he *fumao* en mi *vía*—dice

El Gallo casi con lágrimas.

Surge en la conversación el recuerdo de Talavera. Rafael no quiere hablar de la tragedia. A pesar de que para él José no está muerto,

sino en espera de volver a encontrarse con todos los suyos. Es Parrita —para quien la presencia de Joselito es permanente a través de los años— quien nos habla ahora de la pena de todos, del dolor que destrozó el corazón de Rafael aquella tarde que se ha separado, sangrienta, de todas las tardes del tiempo.

—No. Rafael no vió a su hermano muerto. No podía. En aquel dolor inmenso, Rafael no concebía —como ninguno de nosotros— que aquello hubiese pasado. ¿Quién podía esperarlo...?



El clásico galleo de Joselito, pleno de gracia, soltura y elegancia

Vuelve Rafael a su plática misteriosa. Cuando el silencio aumenta, vuelve a calarse el pequeño mundo de su sombrero, y entre un saludo y una sonrisa, allá va, rumbo a otra tertulia, con su andar airoso de torero que ayer mismo hubiera triunfado por primera vez.

Yo le corté a Joselito la coleta en Talavera



Farnesio

EL picador Farnesio está frente a nosotros, en la grata penumbra del café. Hay en la calle una luz cruda y un sol de fuego, como si abril se hubiera hecho julio:

—Me ha dicho Paco Botas que usted, en Talavera, le cortó la coleta a Joselito.

—Es cierto; sí, señor.

—¿Cómo fué?

—Que estábamos en la enfermería velando el cadáver, y va el Cuco y me dice: «Farnesio: ¿por qué no le cortas la coleta, hombre?...» Yo, ¡claro!; le contesté: «¿Por qué no se la coitas tú?...» Y el Cuco me dijo que le daba mucho reparo..., pero que quería conservarla...

—¿Y usted?...

—Hombre, yo!... ¿A quién no le impone respeto cortarle la coleta a José!... Pero como alguno tenía que hacerlo...

—¿Sintió mucha emoción al cortarla?

—Figúrese usted!... ¡A un torero tan grande como aquél!... Era mi casa, como una reliquia, conservo las tijeras con las que lo hice.

—¿Llevaba usted con Joselito mucho tiempo?

—Desde el 1918. Yo estaba entonces con Gaona, y vino Jaime a verme y me dijo: «De parte de José, que te llegues al Palace». Fui y me dijo Gallito: «¿Quieres torear conmigo?» Yo le contesté: «¡claro, está!— que sí; pero que estaba colocado con Gaona y tenía que despedirme. A Joselito le pareció muy bien. Vi a Rodolfo; le expliqué lo que me pasaba, y Gaona, que era un hombre comprensivo, me dijo: «Como es por tu bien y vas ganando, vete tranquilo. Yo no te puedo dar ni el dinero ni las cien corridas que él te ofrece». Y fui a José a decirle que estaba libre, y entré en la cuadrilla.

—¿Y ya picó usted siempre con él?

—Sí, señor. Desde aquel día, hasta el día triste de Talavera, que le piqué el toro Bailaor.

—¿Picó usted a Bailaor?

—Lo picamos los tres, porque a los tres nos derribó. A Camero, a Carriles y a mí. Yo le puse el último puyazo. ¡Pa haberlo sabio y haberle metto el palo entero!...

—¿No era muy chico Bailaor?

—¡Chico!... ¡Pa el toro de entonces, sí!... Pero estaba muy bronco y tenía mucha fuerza. Además, era cornicorto y muy certero. ¡Un galán!...

Y Farnesio nos cuenta que sólo una vez ha vuelto a Talavera, que al cementerio de Sevilla tampoco ha vuelto más desde aquel día en que llevó a hombros el féretro de José; que él se dió perfecta cuenta de lo mortal de la cornada, porque vió cómo entraba el pitón, y se aperció de que Gallito llevaba fuera de la herida los intestinos.

Farnesio había hecho con Gallito el viaje a Lima, y el 13 de marzo habían desembarcado todos en Cádiz:

—¡Ya ve usted!... ¡A los dos meses de llegar de Lima, se había acabado to!... ¡Quién iba a creerlo, de un torero que tanto dominaba, que sabía tanto y que estaba sobrado de poder!...

Le vestí de torero la tarde aquella y entré con él en la enfermería



Paco Botas

—La tarde de Talavera lo vestí yo...

—¿Le desagradó a usted que hablemos de esto?...

—Hombre!... ¡No me gusta mucho!... Pero si hay que contarlo...

Paco Botas era una institución en la casa de los Gallo. No iba con José ni con Rafael, porque en aquella época éstos llevaban a Caracol y Antonio el del Lunar, respectivamente. Y Paco Botas hacía en la casa oficios de ayuda de cámara.

—¿Lo quería a usted Gallito?

—Mucho; sí, señor! Pero... mire usted un detalle de su carácter: Nos tratábamos de tú. Y una tarde que fué a la casa de visita la marquesa del Mérito, José, que tenía una habitación muy grande, con unos armarios larguísimos, llenos de ropa de campo, de vestíos de torear y de calle, va y me dice «Paco: enséñele usted la ropa a la señora marquesa...» Y aquel día noté yo que me iba a llevar y... que no quería más tuteos.

—Cuando murió, ¿era usted su mozo de espadas?

—Sí, señor. Yo estaba con él en aquella época.

Y como Paco Botas ya nos relató para EL RUEDO los incidentes de la víspera, iniciamos los recuerdos estos en el día de la corrida:

—Llegamos a Talavera a la una de la tarde y José se acostó. A las tres en punto lo llamé y él se tiró de la cama, como siempre, jugando, porque *pa* eso era un chiquillo.

—¿No le alteraba el vestirse de torero?

—¿A quién? ¿A José?... ¡Si se vestía más a gusto que el mundo!... Ni en eso ni en na lo ha igualado ninguno todavía!...

—¿De qué habló ese día?

—Verá usted. Su hermano Fernando se había ido sin faja y entró a pedir una. José se volvió a mí y me dijo: «¿Qué le parece a usted mi hermano!... Un torero que se viene sin faja!... Ande usted, dele media de la mía...»

—¿Y luego?

—Luego se puso a canturrear aquellas coplas del Espartero, que había aprendido en Lima, y que a mí no me habían ninguna gracia... Se vistió a gusto, porque era muy exigente *pa* eso. Yo le puse un vestio grana y oro presioso, y... nos fuimos *pa* la Plasa.

—¿Se equivocó José con Bailaor?

—Ni con ese ni con ninguno! En cuantito lo vió, y le vió la forma de embestir, le dijo a su hermano, que estaba muy gordo ya y se asfixiaba cuando corría: «Hala, *pa* dentro, Fernando, que éste no es tofo *pa* tí». Y al Cuco, a Blanquet y a Cantimplas los avisó también: «¡Cuidao con este toro, que es muy peligroso!...»

—¿Qué lidia hizo el toro?

—Muy fea y muy bronca. Derribó a Carriles y a Camero, y tuvo que salir Farnesio, y lo derribó también. Como era muy astifino rompía los capotes, como si llevara navajas de barba en vez de pitones...

—¿Habló mucho José?

—Mientras banderilleaban, colocó a la gente y volvió a avisarla: «¡Ojo con el toro, que al que coja le meté el pitón hasta la cepa!...»

—¿Y al irse a Bailaor para matarlo?

—Le dijo al Cuco que se fuera, y se lió con el toro y le dió seis u ocho mulérazos muy buenos y de mucho castigo.

—¿Y luego?...

—Luego... la tragedia. Se le arañcó de pronto el toro muy fuerte, no hizo caso al engaño... y le dió la corná...

Y explica Paco Botas:

—Cayó José boca arriba y se incorporó en seguida. Quedó sentao en el suelo y mirándose la herida. Cuando yo lo cogí le salía por allí una pelota verde!

—¿Habló algo?

—Sí, señó. A mí me dijo: «¡A Mascarell!... ¡A Mascarell!...» Y no paraba de preguntar: «¿Y el médico?... ¿Dónde está el médico?...» Luego ya perdió el sentido y no lo recobró más...

—Entonces, ¿en la enfermería no habló?...

—Sí, señor. ¡Ahora me acuerdo! Yo le tenía cogio el brazo y me dijo: «Suérteme usted, que me ahogo...» Luego pidió: «¡Que no me toquen!...» Y Paco Botas termina su relato:

—¡Vaya un día negro!... Ni he vuelto más a Talavera, ¡ni voy por na der mundo!...



Caracol, el primer mozo de espadas

JOSELITO

Visto por sus mozos de estoques

"Venía de casta de toreros grandes y él fué más grande todavía, ¿me entiende usted?"

"La desgracia aquella la supe en el café del León"—recuerda el viejo Caracol

—Mi padre era hermano de la Gabriela, ¿s'entera usted?, y yo estaba en la casa y me esloqué con José de mozo de espadas...

Caracol acompañaba la charla con la mano, como se manda el oante bueno. Y se apoya en su repetida mutatilla de ¿s'entera usted?, y pone en la conversación el acento cálido y hondo de su veneración y su cariño a Joselito.

Los manos anchas y crispadas, que doblaban las muñecas de José, subrayaban lo que va diciendo. Ahora, como si agarraran una espada por la cruzeta, rubrican esta frase:

—Yo fui siempre partidario del Guerra, ¿s'entera usted?, y he conocido, de Guerrita y acá, a to lo bueno. Pues como José, ¿s'entera usted?, no ha habido naide... Y los están equivocados con él; porque ninguno habla de su való, y Gallito fué más valiente que el Espartero, ¿había que ve a José en el patio a caballo...; con aqueya cara de rosa esmeralda, y había que verlo con el toro, que no se le quebraba la coló ni una sola ve...!

—¿Y ha sido Joselito mejor que todos?...
—Sí, señó. Porque José no desarrolló toda la cuerda que tenía, y Guerrita, sí. Joselito, ¿s'entera usted?, no sabe naide ande hubiera llegado. Y al propio Guerrita le escuché yo así: «A la edad de José yo no le jasia ar toro las cosas que él les jase...»

—¿Lo vió usted descompuesto con algún toro?
—¿Qué dice usted? ¡José no ha estado apereado con un toro nunca en la vida...! Como sabía tanto, y como tenía tanta afición y tanto podé, dominaba en seguida ar toro, por su difisi que saliera. ¡Si era un torero que, en Feria Seviya, teniendo cuatro corridas y teniendo que José er passivo a los cuatro de la tarde, se iba por las mañanas a la de Miura y se encerraba ocho o die vacas de retienta pa peleá con ellas...!

—Entonces, en la barrera, mientras José esperaba que cambiaran el tercio, cambiaba con él impresiones sobre la lidia, ¿no?
—No, señó. José sabía más que nadie, y no se le podía desir na. Algunas veces, yo lo miraba en un toro. El me entendía y me decía: «Estás equivocado, Manué, me toro equívoco...» ¡Claro! ¡Como él lo había tentao con el capote!... Aluego, si Contemplas o er Cuco se veían apurados pa ponerle las banderillas, se decía José: «Ha visto usted, Manué...?» Y es que er toro se ponía un poco o echaba la cara arriba, y José lo había visto antes que naide, ¿s'entera usted? Aluego me decía: «¿Vea cómo está er toro? ¡Po fíjate lo que le voy a jase con la mulata! ¡Y le jasia ca faenón!...»

—¿Y fuera de la Plaza?
—José hablaba de toros siempre. Pero lo hacía con mu pocas personas... ¡Como sabía tanto, no le daba a nadie na má que a los que él comprendía que estaban enterados...! Don Eduardo Miura, don Felipe de Pablo Romero, Juan Soto, don Patricio Medina Garvey, a su hermano Rafael, a Fernando... En casa de Miura, ¿s'entera usted?, había él la tienda. Don Eduardo, desde el buricero, o desde er parco, le preguntaba: «¿Qué te parece, José?». «Me parece flojita...», «Cortarle el rabo!...» Y así to...

—Dicen que era muy soberbio...
—En la Plaza, sí. A Rafael lo quería como a un padre, ¿no? Bueno; po ¡ni a Rafael le daba cuarte!... Y no cuenta, entre varias, la siguiente anécdota: Había cumplido José en Madrid sus compromisos —cuatro corridas con apoteosis de crejas y ovaciones— y estaba toreando en provincias. Y en esos días Curro Vázquez, en una resurrección del volapié, obtiene en Madrid clamorosos triunfos. Le la Prensa Joselito; ve la fotografía de Mazzantini aplaudiendo a Vázquez; llega hasta él la noticia de una nueva corrida, y llama a Betancor: «Oiga usted, Betancor, ¿quién torea ahí el jueves?»
—Curro Vázquez y... otro. ¡Como Curro tiene aquí armado ese escándalo!

—¿De quién son los toros?
—De Salas. Una corrida muy suave y muy terciada...
—Bueno. Pues como yo paso por Madrid y estaré ahí el jueves, me pone usted a mí, mano a mano, con Curro, y la corrida la cambia usted, y nos echa esa gorda de Pablo Romero...
Y se dió la corrida, y José hizo la suerte de matar con tanto estilo, que allí acabó con Vázquez...

TALAVERA...

A Caracol no le gusta hablar de lo de Talavera. Se le emborrea el gusto y estude la conversación. En aquella época él estaba con Rafael, y eso le evita presenciar la desgracia.

—Nos dice que ese día torea Rafael en Vista Alegre; pero llovió en Madrid, y la corrida se suspendió. Y estaba él en el León tomando café, cuando llegó Curro el Cochera y le dió:

—Vete ahí, al Regina, que está Rafael y tiene un telegrama de Talavera. José está herido.

Llegó Caracol al Regina, y allí vió a Rafael, indeciso, rodeado de mucha gente y con el telegrama en la mano.

—¿Qué decía?
—José puntaseo vientre. Traer a Mascarell. ¡Pero como llegó otro en seguida, diciendo: «José, agravao!»...

Luego, nos cuenta Caracol el llanto de Machaquito al salir de teléfonos; el movimiento de coches que salían para Talavera; las caras de los que iban llegando...

—Y cogimos un coche, ¿s'entera usted?, y allegamos a Talavera, y salen y le dicen a Rafael: «¡Está muerto, Rafael...!»

—¿Y... no vea usted...
Los ojos de Caracol se empañan; las manos se crispán más... Y el tono grave de su voz se hace quejido y trémolo, como un cante sentido por segundillas...

—¿Ay!... ¡No vea usted lo que fué aquello...!



Jaime Quirós, segundo mozo de espadas de Joselito

"Mataba toros de 405 kilos y cobraba siete mil pesetas por corrida"

"Con sus joyas hacía todos los años una cruz para la Virgen de la Macarena"—dice Jaime Quirós

—Entré al servicio de José —dice Jaime Quirós— en el año 1911, como ayuda de cámara. Era por entonces su mozo de estoques Caracol. Yo estubo a su lado, siempre con él, hasta un año antes de su muerte. Le acompañé en los triunfos sevillanos y en la preparación invernal de los campos andaluces...

Jaime siente veneración por el maestro muerto. Cuando recuerda sus primeros años al lado de Gallito, cierra los ojos para verle mejor en el fondo de su sentimiento.

—José era entonces novillero —sigue contando—. No tomó la alternativa hasta un año después, en 1912, en la feria de San Miguel. Parece que le estoy viendo en la Plaza sevillana. Se le dió su hermano Rafael. Estuvo enorme con aquel toro de su consagración: Ciervo se llamaba, y era jabonero...

Desempeñamos los recuerdos de aquella época triunfal de Joselito.

—Toreó muchas corridas aquel año?
—Hasta el día de su alternativa, cuarenta y nueve novilladas, en casi todas las Plazas españolas. Desde entonces, ya en pleno cóno, catorce corridas de toros.

JOSELITO, EN MADRID

En Madrid se quería mucho a José. Debutó en Madrid, como novillero, el 13 de junio de 1912, con toros de don Eduardo Otea. ¡Qué tarde aquella!... Tuvo un éxito de los más grandes de su vida. Éxito que se repitió poco tiempo después, ya matador de toros, con aquel hijo de Sotillo, Jimenito, al que cortó la primera oreja que se llevó en Madrid.

—¿Dónde vivía Joselito en la Corte?
—Cuando era novillero vivía casi siempre en una pensión de la calle de Echegaray. Ya matador, se hospedaba en el Hotel Inglés, y más tarde, en Los Leones. Durante dos temporadas se alojó en el Palacio, hasta que puso casa en el número 6 de la plaza de Oriente.

—¿Tuvo alguna tarde desafortunada en Madrid?
—La última de su vida. El 15 de mayo de 1920. Salí un ganado muy difícil, y el público le abucheo. Aquello le produjo mucha impresión.

—¿Qué tarde recuerda como la más triunfal?
—La del 8 de octubre de 1916. Tales faenas realizó con el quinto toro, que, por calamación, le fueron concedidas las dos orejas, primera vez que se hizo tal concesión a un matador en la Plaza de Toros de Madrid.

EL HOMBRE

Jaime Quirós no se cansa de enunciar bondades del maestro.

—Era el mejor de los hombres —repite—. Serio, pero con un corazón de oro. Y muy caritativo, pero con un estricto sentido de la caridad: jamás ayudó más que a los verdaderamente necesitados. Y eran legión los que se vieron protegidos por él.

—Era también, según creo, un hombre de arraigadas creencias religiosas.
—Sí, señó. Y quería más que a nadie a su Virgen de la Esperanza, esa Virgen que, un 17 de agosto, en San Sebastián, evitó con su medalla una cornada mortal...

EL TOREERO

—¿Y como torero?
—En ese aspecto no tuvo rival. Era genial en todo. Tan extraordinario, que ni aun era supersticioso, como la mayor parte de sus compañeros. No le dominaba ninguna manía al salir a la Plaza. Esperaba el momento sentado tranquilamente en el túnel, y mientras hacía el paseillo, se dedicaba a ver qué personas conocidas había en las barreras.

—Sin embargo, yo sé que tenía una metría relativa a sus zapatillas.
—No. No era manía, sino gusto de gran señor. No toreó jamás dos corridas con el mismo par de zapatillas. Cada tarde estrenaba uno. Todos me las regalaba después, y como en cada temporada toreaba más de cien corridas, llegué a tener un verdadero almacén.

—¿Qué hizo usted con ellas?
—Las vendía. Costaban entonces seis pesetas cada par. Yo las vendía a cinco. No era mal negocio, ¿verdad?
—Ha dicho usted que toreaba más de cien corridas cada temporada...

—Exacto. El año que menos, fueron 102. El más abundante, 125; pero sólo pudo torear 115, por caer enfermo. Sin embargo, yo, como mozo de estoques, cobré las 125 como si las hubiera toreado.

—¿Sentía algún deseo especial?
—El de quedar siempre bien. El mismo solía decir: «Mi única preocupación es ser el mejor de todos.» Y así era.

—¿Cómo estaba compuesto su cuadrilla?
—Siempre igual y siempre las mismas personas: cuatro banderilleros, un puntillero, tres de a caballo, un administrador y yo, como mozo de estoques. Contando al matador, once personas.

CIFRAS Y ANECDOTARIO

Es obligado en estos tiempos, en que el tanto por ciento y los «medias» forman categorías, recordar los honorarios que percibían los matadores de hace un cuarto de siglo. Tomamos como modelo al maestro.

—José cobraba —nos asegura Jaime Quirós— veinte mil pesetas cuando mataba seis toros; cosa que sucedió, por ejemplo, en Bilbao. En Madrid, otra tarde de seis, en la que, a ruego del público, mató otro de propina, cobró dieciocho mil pesetas. Cuando mataba tres, sus honorarios eran de siete a siete mil quinientas pesetas, y cuando se celebraba un mano a mano, dos mil duros.

—Como dato curioso, ¿recuerda usted cuánto cobró la tarde de su muerte?
—Cinco mil pesetas exactamente. Y otras cinco mil Sánchez Mejías, que compartía el cartel.

Los dos mozos de espadas del gran torero, en la actualidad. (Fots. Mari.)



JOSÉ LLITO

APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE

Empezamos a publicar precisamente hoy, en este número dedicado a la memoria del gran torero José Gómez, Gallito, el prólogo de un libro que Felipe Sassone había empezado a escribir en agosto de 1944, para que el volumen apareciera el 16 de mayo de este año. Hemos conseguido que el autor nos ceda su trabajo para que lo publique EL RUEDO antes que cualquier editor, y hoy empezamos a hacerlo, para seguir en números posteriores, con lo cual será más duradero el homenaje a aquel gran artista y gran científico del toro.

El 16 de mayo de 1945—cuando habrá de aparecer este libro, si a Dios pluguiere cumplirme el deseo—hará veinticinco años que, rota la jaula de su carne mortal, voló hacia otros cielos la mariposa del alma del que fue José Gómez Ortega, hombre de bien y torero de maravilla.

Precisamente, por tratarse de un torero y ser los taurómicos tan dados a la hipérbole y los smiles poéticos, alguien dirá, que el 16 de mayo vendió celebró el recuerdo de José Gómez sus bolas de plata con la gloria; y considerando que contaba al morir la misma edad que hoy cuenta su efemérides, afirmará con aire pagano que fué un amado de los dioses, y ya metido en recreaciones mitológicas, escribirá que Atropos, enamorada del beluarario apolíneo, trocóse en toro, como Júpiter para raptar a Europa, y le cortó de un hachazo el hilo de la vida.

No diré yo tanto, porque sólo sé que era un mozo sevillano muy de su tierra y de su tiempo: buen devoto y buen cofrade de la Virgen de la Esperanza, y sin conciencia de la crueldad de su oficio, que nadie considera pecado mortal y él amaba por impulso de vocación valiente y no por acicate de codicia taimada, y como era un elegido, de los que vienen para pasar de prisa por este bajo mundo, y la vida era su cárcel y el toro su camino de evasión, tenía alegre el arte y triste la sonrisa.

Empiezo el homenaje de este libro una tarde de agosto, clara y caliente, que se arrastra perezosa hacia la noche. Aun tardará en llegar. El reloj de mi mesa escritorio, un pobre relojito de madera con mejores entrañas que vestidura, exacto, dócil, obediente a todas las convenciones, miente las siete; pero desde la calle, el sol, vigoroso aun, sin violetas de crepúsculo, viene a estrellar la verdad de sus oros en las rejillas horizontales de las persianas, párpados de los ojos de mi casa, y lista de sombra y luz, en barras, como en el cuartel de un escudo nobiliario, la cándida cuartilla donde en mácula tal vez imperdonable deja mi cálamo correr su negra fuente. Son apenas las cinco de la tarde, es domingo, y es este momento, en la Plaza de Toros clarines y atabales rasgan y rizan el aire para que hagan el paseo los toreros bisoños de la última novillada canicular. Porque el ganado no me ofreció garantía ni los lidiadores alicientes, pudo mi moral de hombre modesto, que gana lo comido por lo servido, imponerse a mi afición exagerada, y me abstuve, siquiera por un día, por unas horas, de uno de los vicios más caros de los españoles. Luego, en el café, comentaré y discutiré la corrida como si la hubiese visto, y es la verdad—y la mentira de mi imaginación—que la estoy viendo ahora mismo como si ocurriese delante de mí.

Ha salido al ruedo un toro feo, cárdeno y sucia la pelambre sin brillo—pelo de rata familiar—; mas como según es de feo es de largo y zancudo; y lleva alta la testuz bien encornada, acaba por pasar como toro de verdad ante la contentadiza avidez de fiesta de los aficionados sin tradición. Parte del toril a los medios, de la sombra al sol, y un punto retrocede y se detiene deslumbrado, agitando la cabezota, cerniéndola en el aire, y luego se queda encanpanado como pidiendo pelea. Nació sale a ofrecérsela; apenas si algún torerillo acá y otro acullá, sin separarse mucho de la valla, le enseñan desde lejos sus capotes, y al fin, cuando con un trote menudito avanza el bicho entre curioso y desconfiado unos pasos hacia el tercio, otro chulo más audaz, incoloro el traje viejo, sin brillo los alambres de cobre, le tira al hocico una punta de la capa. Bufo y rebrinca la alimaña, que es lo que parece, rehuyendo el desafío, y entonces surgen todos los peones y le persiguen y rodean como un enjambre de moscas. El animal ac-

sado acaba por embestir, y lo llevan a las tablas, donde se guarece el matador de turno, que se apresta a lanzar en el terreno de menos peligro. El pobre coletudo en agraz no sabe ni coger el capote. Acaso hasta ahora no lo usó nunca; ha asistido a tientas y encerronas, donde sólo estuvo apercebido con la muleta desde que salió la becerra corrotona, y allí aprendió a hacer la estaca y a dar más molinetes que un ventilador. No sabe lanzar: se pone rígido, baja las manos, se escorza y tuerce la cabeza como si tuviera torticollis, e imita al «fendmeno» de su predilección en una rápida ecomimia o ecosprasia-de neurasténico. El toro pierde el engaño, porque no le dejan llegar a él cuando ya se lo retiran, y cabecea en el centro de la suerte, y a la otra, como se

durmieron los brazos del lanceador, pisa el capote y frustra el lance. Unos pitos criban el aire. Sin fijar todavía la res abanata, aparecen dos picadores montados en sendos jacos, y uno de los jamelgos, abrumado bajo el peso del jinete forrado de badana, guata y hierro, frena el trote de sus débiles patas en el cite y aguada en una estabilidad vacilante y desesperada. El toro es manso; pero tiene un gran sentido de la equidad y se aviene a pelear con el caballo con armas iguales: las patas de atrás. En cambio, el picador usa otras armas, una garrocha que es más bien una lanza, y acosándolo raja al astado el pellejo por tres veces, mientras el equino se arródiña como pidiendo perdón. Agrios los silbidos y agrio el clarín. De una en una, como si fueran dardos, le clavan al toro hasta cinco banderillas, y sale el matador, que se queda solo con su enemigo en los medios de la Plaza. El bichejo, al verse libre de acoso y ante un trapo más-rojo que los que antes le burlaron, parece que sintiera que han cambiado la situación y el contricante, el cual viene solo y menos agresivo, y ante la muleta enorme, que el torero lleva en la mano derecha extendido todo su vuelo por el estoque, acude como a olería y acaba por aceptar el juego, porque aquello se le antoja menos incómodo que huir. Y pasa una vez, y otra, por el campo que le dejan libre, dócil porque no le destronan ni le crujen los huesos. Aquello es para él como un descanso. Yo no sé por qué embiste, ni si eso es en verdad embestir, ya que en la arrancada no hay celo ni furia: el animal pasa lentamente, y mientras el diestro gira sobre sus talones, sin garbo, sin ritmo, como un autómatá, girando él también siguiendo el trapo con un paso cansino, resignado y triste, de bestia de noria. Cada vez que sus lomos rozan la cadera derecha del torero, la multitud prorrumpe en oles y alaridos de entusiasmo, como si todo ese reposado ejercicio tuviera un mérito y un peligro que yo no alcanzo a vislumbrar por parte alguna. ¡Qué le vamos a hacer! Pero de pronto, el cornúpetá, agredido porque no le molestan, hace más energética la acometida, y el hombre, que no lo esperaba, no tiene tiempo de girar para esconderse detrás de las astas, y entonces los medios pases, los cuartos de pase, los fragmentos de pase, se hacen uno solo, largo y derecho, y se enciende todo el toro giratorio y curvilíneo, y acabado de lance se rompe la trabazón y el torero se despega del toro. Este ha quedado en los medios, con la cabeza alta ni baja, descubierta, juntas las patas, sin ninguna querencia próxima, y el matador se arma y lia la filma. Se ha enhilado, ni cerca ni lejos; en esta ocasión, con los pies en su sitio, con la muleta en su sitio, y adelantando los pies en su sitio, con el corazón en su sitio, con el estoque a la vez la pierna izquierda y el brazo del mismo lado, deja, con seguro instinto, sin forcear, muerta la mano del trapo entre las patas del bruto y se vuelca en la suerte del volapié. El toro casi no se ha movido, no ha hecho más que humillar y dar un paso, y yo he visto entrar el estoque palmo a palmo, hasta la cruz, sin intermitencias en la introducción, suavemente, con un movimiento

uniforme, y el torero ha salido limpio por los costillares. Ahora si ha habido peligro vencido con valor y destreza; esto es lo único realmente bueno de toda la faena; se ve que el torero bicho se trae hecha la suerte de matar, que no ha tenido necesidad de aprenderla, que nació matador. En las péndolas del toro, casi inmóvil en las ansias de la muerte, temblorosos los ijares, abiertas las cuatro patas, meciendo sobre ellas su mole en porfía por no desplomarse, aparece sólo el puño del estoque; el acero, un poco tendido, hirió la pleura, o los pulmones, o partió la aorta por en medio, y el animal vierte por todos los huecos del hocico toda la sangre de sus arterias; pero aunque la sangre es roja, claro está, y sale a chorro y no a borbotones, el público, ya disgustado porque no

toraron más sin necesidad, y engañado por la hemorragia externa, grita furiosamente lo que supone un goliatazo. Yo digo para mi capote «cuando pitos flautas, cuando flautas pitos», y espero la salida del segundo toro. Este es más grande y más gordo; pero ordinario y feo. En-sabanado, capirote y botinero en negro, sin ser berrendo porque no tiene otras manchas, salvo algunas zonas amarillentas en la pelambre algodonosa; gruesos los cabos; colín, cornicorto y cornigacho, parece por la pinta un hermano menor de los bueyes que arpan el encierro y tiene toda la estampa de un toro suizo. Ha salido corriendo contrario, por la derecha, casi al hilo de las tablas, y entrampilla y voltea, sin herirle, al primer peón que le tiende el capote. El matador acude al quite y sale también por el aire. Los peones danzan desparpados en torno al bruto, que desparrama la vista y no para de correr. En cuanto surgen los dos caballos de tanta tropieza con ellos y los derriba también. No ha embestido nunca con deseos de acometer; ha atropellado por huir, buscando la valla con ganas de saltarla y escapar, y hasta cuando le alcanza algún puyazo de algún picador, nunca es un suerto, y si derrota y cabecea lo hace por quitarse el palo, por defenderse y sin ánimo de atacar. Pero como tiene mucho poder y muchas patas y los toreritos se mueren de miedo, la mayoría del público cree que ha salido una fiera y aplaude feliz. El espada de turno no quiere ni verlo y tampoco el toro tiene muchas ganas de verlo a él; pero a veces, huyendo los dos, acaban por encontrarse. Un pinchazo, otro pinchazo, otro pinchazo, y otro, y otro, y otros más; el matador vuelve la cara y alarga el brazo y los peones, aturdidos, se ponen en el camino del toro, ruedan por la arena y pierden los capotes. El público está todo a favor del toro, que juzga un ejemplar de los que llaman de bandera. La pobre bestia se guarece en las tablas y el espada la acribilla con descabellos ineficaces, esquivando todavía alguna arrancada intempestiva. Gritos, carreras, sustos, denuestos. Un aviso. Otro aviso. Otro, y salen los mansos, sus hermanos mayores, fantasmas blancos, encapuchados de negro, y en el momento en que se acercan a él cae el bruto martirizado. Todavía tiene un momento arguida la cabeza; en uno de sus ojos tristes y sin brillo, como un vidrio opaco—el agua turbia de un lago brumoso—el sol de la tarde prende una chispa de oro, como una luz mortecina. Por detrás, cauteloso y taimado, el puntillero —Júpiter tonante—abate de un golpe la cornuda testa y ápa la chispa. Se retiran los cabezotes y los ceneceros doblan a muerto con un melancólico temblor de bronca. Los silbidos se truecan en aplausos al toro, que es arrastrado agitando todo el camino en el aire una pata, como en un irónico adiós postrero a los tontos que lo creyeron bravo.

Ya ha salido otro astado. Este sí tiene pinta y modos de toro normal y es bravo y noble; pero los peones van a él y empiezan a marearlo a dos manos. Nadie lo cita a punta de capote; nadie lo corre por derecho, y un peón, grueso y bajo de estatura, trabado y nervioso, con las

pantorrillas deformes por exceso de musculatura, se lia con él a capotazos violentos, hurgándole los costillares con el trapo, haciéndole cabecear a derecha e izquierda, enseñándole la salida, torciéndole su franco y derecho en bestir. Va a hacer de un toro bueno un toro malo, y entonces, muy a punto, rasga el aire un grito claro y vibrante: «¡Vete, vete, vete!» Creo que es el matador; pero lo busco y no lo encuentro. Como el peón no cesa en su tarea demoleadora, aparto la vista de él y dirijo los ojos al cielo, desesperado, y en el disco azul, que parece entoldar el anillo, veo surgir, inmenso, el busto de Joséllito, que se asoma como al brocal de un pozo enorme en cuyas aguas cenagosas se está ahogando la fiesta brava. «¡Vete, vete, vete!» Es el mismo grito inolvidable con que aquel lidiador de maravilla amonestaba a su peón de confianza, Blanquet—tardo en acudir y rápido en desaparecer—mientras le corría el toro al hilo de las tablas y él aguardaba en los medios, con las banderillas en las manos, a que el bicho perdiese de pronto el bulto que perseguía, y atendiendo al cite oportuno, se fijase sólo en él y acudiese franco a la suerte. El grito crece y llega a hacerse tan agudo que me lastima los tímpanos, y entonces, creyendo moverme en mi barrera, advierto que estoy en el sillón de mi escritorio, de bruces sobre mi mesa, y que me había quedado dormido ante las cuartillas. Es la primera vez que me he dormido al ponerme a escribir; otras muchas me dormí después de haber escrito, al releerme, por no morirme de vergüenza. El relojito, embustero por obediencia, marca las diez de la noche. Son apenas las ocho; pero fuera ya se inicia el crepúsculo y las anchas rayas, doradas y grises, de sombra y luz, que listaban la cándida cuartilla, son ya azules, acarminadas, violetas, y ponen en la superficie del papel una a la vez caliente, dulce y suave coloración de ópalo. No me atrevo a hollarla con mi pluma y me pongo a evocar la figura y el arte de Joséllito.

¡Gritaría lo mismo—vete, vete, vete—como en sus tiempos magistrales de mandón del toro, si pudiera ver a las grandes figuras de hoy!

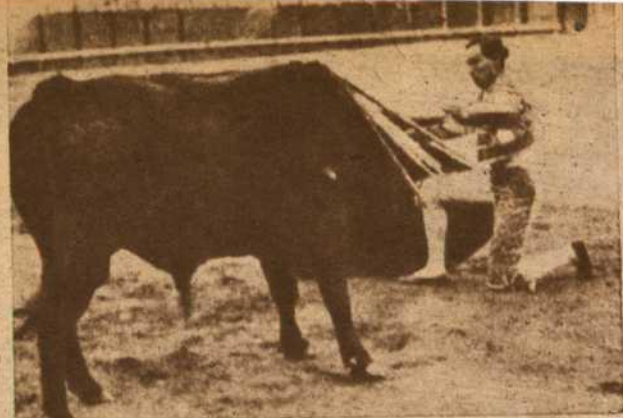
Según tuve la horrenda pesadilla de una novillada que más parecía una capea, evoco ahora despierto algunas buenas corridas de lo que va de temporada. Si hubiera podido verlas José desde el inmortal seguro donde asiste, hubiera convenido en que jamás se toró más ajustado con el toro y con mayor quietud. Hubiera pensado también que el toro no es el mismo, y tiene menos poder y menos peligro, y que el toro, tan grande en su tiempo, porque estaba todo lleno de pasado y de porvenir, se ha reducido, se ha achicado, se ha hecho monótono por culpa de los estilistas y por industrialización de la fiesta; pero habría de complacerse viendo cómo aquel su pase ayudado por bajo con las dos manos, que usaba para recoger y sujetar a los toros tardos o huidos y dominar y torcer y deartear a los demasiado pegajosos, continúa todavía sobre una sola mano; cómo hay quien ejecuta todavía la suerte de recibir, y no quiero nombrar a nadie de los vivos; cómo hay todavía quien aguanta impasible cualquier arrancada intempestiva y torea al natural con sublime lentitud adormecida, y entonces, aunque apenado por todo lo que el toro, más por culpa del público que de los lidiadores, ha perdido de recursos, de variedad y de amplitud, aun podría sonreír satisfecho al comprobar que los actuales han mejorado por lo que se refiere al estilo, aunque no a la eficacia y al poder, todo lo que les vino del ápice todavía insuperado en que convergieron él y Juan Belmonte para darle al arte del toro toda su extensión. Porque en ellos, por lo que el uno traía de olvidada tradición y de perdidas normas clásicas y por lo que el otro aportaba de novedad atrevida y genial, el toro se agrandó de pasado y de porvenir. Pero como la base de todo lo nuevo está en las normas de lo viejo y lo que más vale es la tradición renovada, pensé que Joséllito fue el verdadero maestro de maestros, y en homenaje a su memoria me dispuse a escribir este libro. Fue la estrella más alta. Cuando él ya por está todavía nos llega su luz como por la persistencia de las vibraciones en el viaje a través del tiempo y el espacio. Así empiezo:

El 8 de mayo de 1895, en Gelves, Sevilla, en la calle de la Fuente, número 8, y en la casa huerta llamada «El Algarrobo»,

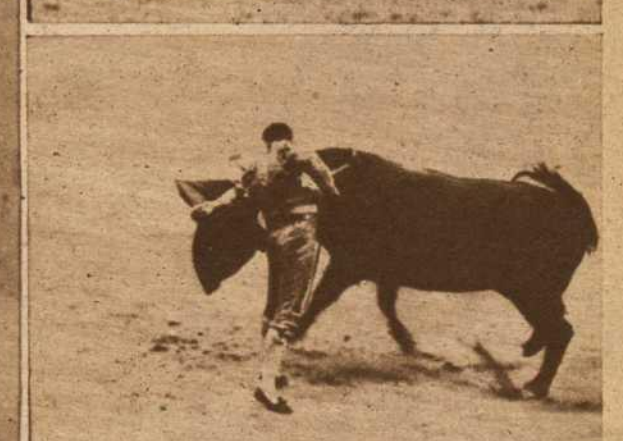
(Continúa.)



JOSÉ LLITO



Momentos gráficos de Joséllito durante su esplendorosa vida de torero.



Joséllito en cinco instantes de sus brillantes actuaciones en los ruedos.



La primera oreja que se dió en la Plaza de la Maestranza de Sevilla fué para JOSELITO

El 30 de septiembre de 1915, en una corrida en que actuó como único espada, en la muerte de seis toros de Santa Coloma

tercio, le sacó Joselito casi sin apartarlo de los chiqueros, donde el bicho tenía su querencia; una faena fantástica, en la que, para obligar al toro a embestir, tuvo muchas veces que darle en el hocico con el pie. Esto tenía entonces especial mérito, porque el promedio de aquella corrida debió de ser trescientos cuarenta y tantos kilos.

La cabeza del toro Cantinero.

Don Antonio Filpo nos habla a continuación del toro Cantinero, cuya cabeza asoma en el patio de la casa, rodeada de larga inscripción.

—La cabeza del toro Cantinero fué a parar a manos del Cuco, cuñado de Joselito. Un día, después de la muerte de José, el Cuco apareció en mi casa con la cabeza del toro, y me la regaló. El mismo la colocó ahí. Poco tiempo después moría trágicamente.

—¿Qué dice esa inscripción?

—También en esa inscripción tiene su historia. Uno de los que más criticaron mi decisión de conceder la oreja a Joselito fué «Don Criterio», que, aunque era gran amigo mío, se mostraba celosísimo de las prerrogativas de la Maestranza. «Don Criterio», que había escrito que aquella faena se merecía, no la oreja, sino el toro entero y la ganadería también, estimó que yo había sentido un mal precedente. Sin

embargo, años después, muerto ya Joselito, vino un día a verme, y para demostrarme su arrepentimiento, quiso hacer él mismo la leyenda de la cabeza del toro. En ella se dice lo siguiente: «Cantinero, Número 131. Negro, lucero, de la ganadería del conde de Santa Coloma. Lidado el 30 de septiembre de 1915 en la Plaza de la Real Maestranza. Joselito, que actuaba de único espada, hizo quites grandiosos, poniendo después tres monumentales pares de bandexillas. Practicó una estupendísima e inenarrable faena de muleta, que inició con el pase llamado de la muerte, coronando tan brillantísima y archivable faena de un volapié soberbio. Las ovaciones fueron constantes y atronadoras. Los espectadores agitaban los pañuelos pidiendo la oreja, y ante la entusiasta insistencia de aquéllos, la concedió el concejal señor Filpo, que presidía la corrida, siendo la primera que se otorgaba en la Plaza sevillana. Antonio Reyes, «Don Criterio».

La muerte de Joselito

Don Antonio Filpo se enteró de la muerte de Joselito el mismo domingo trágico. Venía a tomar posesión del cargo de hermano mayor de la Cofradía de San Bernardo, Hermandad que, por cierto, siempre gozó del favor de los toreros, hasta el punto de que cuenta entre sus hermanos a Curro Cúchares y al Tato, de los antiguos, y a los Bienvenida y a Pepe Luis Vázquez, entre los modernos.

—Aquella tarde —nos dice don Antonio— toreaba en Sevilla un tal



El traje que llevaba Joselito la tarde en que cortó la oreja al toro de Santa Coloma en la Maestranza (Fots. Luis Arenas.)

EN el butete de don Antonio Filpo, ilustre abogado sevillano, entre pleitos y códigos, hay un retrato de Joselito con una cariñosa dedicatoria. Junto a la firma aparece la fecha del 30 de septiembre de 1915.

—¿Conocía usted —hemos preguntado a don Antonio— a Joselito con anterioridad a ese día?

—Me lo habían presentado en una finca que tenía el senador señor Villalón, en Morón, hacía algún tiempo; pero nuestro conocimiento no había pasado del simple saludo... Después del 30 de septiembre de 1915, ya fué otra cosa. Joselito me distinguió con su aprecio, y hasta su muerte, yo fui su amigo, su consejero y su abogado.

—¿Quién formaba con usted la presidencia de aquella corrida?

—Otros dos concejales: don Manuel Retamosa y don Luis Piazza. Entonces la presidencia tenía que aparecer en su palco de levita y castora.

—¿Cómo fué decidirse a darle la oreja del quinto toro?

—Yo no vi más que la Plaza llena de pañuelos. Parecía un inmenso anillo blanco... Consulté rápidamente con mis compañeros de presidencia, y recuerdo que Retamosa, que tenía una fundición en la Alameda y era un gallista significado, me dijo: «Désela usted... Yo entonces uní mi pañuelo al coro general.

—¿Cómo reaccionó la Plaza?

—Apenas concedí la oreja, media Plaza guardó sus pañuelos... Eran los belmontistas, que por aquella fecha predominaban sobre el bando rival, que, por lo visto, habían pedido el trofeo con la íntima esperanza de que no iba a ser concedido.

—¿Cómo fué la faena premiada?

—Espléndida... Pero la verdad es que Joselito tenía ganada la oreja desde el día anterior, en que lidió, alternando con su hermano Rafael y Belmonte, una corrida de Miura con muchos kilos. A uno de los toros, quedado en el último



Don Antonio Filpo, ilustre abogado sevillano, que presidió la corrida

ro de Santa Coloma, del que se le concedió la oreja en Sevilla, primera que se concedía en la Maestranza.

ro de Santa Coloma, del que se le concedió la oreja en Sevilla, primera que se concedía en la Maestranza.

El ganadero don José Anastasio Martín
habla para EL RUEDO

“JOSELITO fué el mejor garrochista de cuantos he conocido”

“Antes de ser famoso matador de toros
derribaba reses con arte excepcional”

por JULIO FUERTES



Josecito descansa en la
placita campera

RONDABA yo un tema para hablar de Josecito en este número que a su inmarcesible memoria dedica EL RUEDO. No lo encontraba. Mis leves recuerdos del coloso los había contado ya. No me quedaba otro recurso, si quería rendirle —como era mi propósito— el modestísimo homenaje de mi pluma, que acudir al testimonio de diarios y revistas de aquellos años de sus triunfos.

Pero hay una especial Providencia para el periodista que le conduce de la mano a la fuente de la información. Doy fe. La habría dado muchas veces, y ahora he de confirmarla, porque cuando más preocupado andaba con mi propósito me encontré, casi milagrosamente, en el patio fresco y amplio de la casa sevillana del famoso ganadero don José Anastasio Martín.

Allí, en sillas y mecedoras, en torno a una mesa bien surtida de tapas y platos y botellas de manzanilla, una tertulia de aficionados se animaba con la amena e inagotable conversación del ganadero. Desde Lagartijo y Frascuelo a Josecito y Belmonte, y en contraste con los diestros contemporáneos, se hablaba de cuantos fueron y no fueron y son o no son. Josecito, por la inminente circunstancia de estar en vísperas la conmemoración del XXV aniversario de su trágica muerte, si es que otros méritos no tuviéramos para ello, ocupaba el primer plano.

Decía don José Anastasio Martín:

—Su amor propio no tenía límites. Le recuerdo una tarde, en Cádiz, torando con su hermano Rafael, cuando Rafael saltó con... eso.

Hizo don José una pausa que produjo una sonrisa general, como si cada uno recordase una tarde semejante de Rafael.

—José —continuó— se mordía de coraje, y cuando, ya arrastrado el toro del desastre, se encontró con su hermano en el burladero, le dijo airado: «Rafael, eso no puede ser!» Y salió al ruedo mordiéndose el capote a esperar su toro, y del principio al fin realizó una lidia perfecta, puso banderillas en todos los terrenos y coronó una magistral faena de muleta con un monumental volapié. Josecito sonreía satisfecho, no ya de su triunfo personal, sino por haber reivindicado el honor de su torera estirpe.

Me permití en tal instante meter baza, porque me seducían otros temas, y pregunté a don José:

—¿Cuándo vió usted por primera vez a Josecito?

—Pues puedo afirmarle que le vi con los primeros que le vieron abrirse de capa..., a medias.

—¿A medias...?

—Sí, porque detrás de él estaba Enrique Vargas, Minuto, llevándole los brazos para torear una becerra. Josecito tendría entonces unos ocho o nueve años y se entusiasmó de su éxito. Fue en una finca mía, en «Quintillo», aquí cerquita...

—Y al caballo —pregunté—, tenía afición?

—Tenía afición y genial intuición. Cuando todavía estaba verde torando a pie, montaba a caballo con dominio y garbo excepcionales. Parecía como si hubiera nacido enseñado.

—¿Tomó muy pronto parte en las faenas camperas?

—No podría precisar la fecha; pero desde luego mucho antes de que hubiese cobrado fama como torero, acosaba y derribaba mejor que nadie.

—¿Ha dicho usted mejor que nadie? —pregunté sorprendido de la categórica afirmación.



Sobre su jaca torda, Josecito se prepara para la faena campera de acoso y derribo

—Mejor que nadie he dicho y repito. Parece que lo estoy viendo en el «Quintillo», lugar preferido por su proximidad a Sevilla, vestido de corto, con su gorrilla ladeada, delgado y pálido, con esa palidez no enfermiza, sino que es distinción de una raza, montar a caballo y coger la garrocha con tal arte y depurado estilo, que era ya suficiente para juzgarle como un consumado maestro. Pero es que después, durante el acoso, lo mismo cuando derribaba que cuando amparaba, era siempre el mejor.

—Usted es que no ha visto —dije yo, medio en broma, señalando a su nieto, el rejoneador Pepito Anastasio— montar a este muchacho...

Sonrió melancólico y complacido el abuelo y exclamó:

—Casta no habrá de faltarle: Su tío fué...

Se interrumpió don José, emocionado, ante el recuerdo del hijo que evocaba, muerto cuando apenas empezaba a ser joven, y yo me sentí turbado ante mi posible e involuntaria indiscreción.

Pero estaba también en la tertulia un gran torero, don Manuel Mejías Bienvenida, que, aunque retirado, no pierde la afición, y me echó —al quite— el garboso capote de su conversación:

—Diga usted, don José, ¿quién mató ese javo? —preguntó mientras miraba a una estancia inmediata al patio, en la que se veía una descomunal cabeza de toro.

—Lo mató Villaverde, el 4 de septiembre de 1874, en la corrida inaugural de la última derruida Plaza de Toros de Madrid, para la que lo regalé yo de mi ganadería. Tomó once varas de Calderón y el Francés y mató cinco caballos.

—Esos toros —exclamé asombrado— no se podrían lidiar ahora! —Y agregué para volver la conversación al tema que me interesaba—: ¿Cómo le gustaban los toros a Josecito?

—En cuanto a presencia, igual que a todos en todos los tiempos: cabeza pequeña y alzada pequeña, pero gordos y lustrosos. En cuanto a otras cosas, edad, bravura, genio, estilo, etc., es lógico que todos prefirieran pocos años, bravura templada o docilidad y genio suficiente para embestir fuerte, pero con franqueza.

Don Manuel Mejías asintió, como hombre experimentado, y dijo:

—Naturalmente. Una cosa es que el matador trague por decoro lo que le salga por los chiqueros y otra muy distinta torear a gusto, para que el público se divierta mientras el propio diestro se divierte también recreándose en su obra.

—Josecito se expresaba así también —intervino don José Anastasio Martín—. Venía por las tardes a mi casa y muchas veces se quedaba a cenar conmigo. Las conversaciones sobre temas taurinos no se acaban nunca y menos cuando se tratan con la ponderación y la equanimidad con que él lo hacía. José tenía un sentido tan completo, tan cabal de la fiesta, que sus preocupaciones empezaban en el campo, con el historial de vacas y sementales y tientas y retientas, y acababa en la Plaza. Ni un solo instante, del nacimiento a la muerte del toro, debía en su concepto descuidarse. El sabía o tenía la intuición de todo y lo realizaba como un consumado maestro.

—Entonces —inquirí curioso—, ¿los diestros de ahora...?

—No sé decirle a usted. Me faltan elementos de juicio, porque apenas voy a los toros, ni siquiera al campo. A mí, la muerte de mi hijo y la de Josecito, si no me quitaron esta afición teórica que aun me domina, me apartaron muchísimo de la afición activa. Diga tan sólo lo que sé de entonces y lo que ya le he dicho: que José era tanto o mejor garrochista que fué torero.

ANALES DE QUINCE DIAS



Joselito preparándose para el último tercio

EL 2 de mayo de 1920 llegaba yo a Bilbao para presenciar las corridas de toros en las fiestas que llamaban de *El Sitio*, y que conmemoraban el de las tropas carlistas a la Villa, reducidas aquel año a una sola corrida, que había de celebrarse el día 3 con reses del marqués de Tamarón, y como únicos espadas Joselito y Belmonte.

Había presenciado yo la mayoría de las que aquel año había toreado Joselito; pero desde Sevilla tuve que ir para asuntos propios a la Montaña, y volvía a las corridas de Bilbao con ánimo de presenciarla y volverme a mi casa montañesa.

Encontré a Joselito triste y sin más diversión que hablar de toros y torear. Con melancolía, que el tiempo no ha podido borrar de mi memoria, me dijo:

—Te voy a pedir un favor. Si no tienes demasiado que hacer, yo te agradecería que hasta el verano, por lo menos, me acompañaras a las corridas que he de torear.

Y tras una breve pausa añadió:

—Nadie está más solo que yo en el mundo.

Bien sabía yo de sus tribulaciones. Era la principal e irreparable la falta de la madre, fallecida el año antes; y tras esto la desarmonía con su hermano Rafael, por asuntos meramente taurinos, y su relación con Sánchez Mejías, tirante en aquellos días, y también por causas profesionales que en nada tocaban al afecto personal. Le prometí, y cumplí, el acompañarle, y ésta fué la causa de que tuviera la triste satisfacción de convivir con él en los últimos quince días de su vida.

La corrida de Bilbao fué excelente, y regresamos a Madrid, en unión del marqués de Tamarón, alegres y satisfechos. En la estación nos esperaba Leandro Villar y Darío López, y con ellos fuimos a cenar al Restaurante Bilbaino. Eran éstos los organizadores de la corrida de Talavera de la Reina, que había de celebrarse el 16 de aquel mes. Entre bromas y veras se quejó Joselito de que no hubieran contado con él para tal corrida, pues los toreros en que entonces pensaban eran: Rafael, el Gallo; Larrita e Ignacio Sánchez Mejías, que había toreado con éxito el año anterior. Los toros habían de ser de la señora viuda de Ortega. Leandro Villar se justificó al punto.

—En primer lugar, ese día tendrás que torear en Madrid, y, además, tú eres un torero muy caro para esa Plaza.

Joselito le replicó:

—Lo de torear en Madrid corre de mi cuenta el arreglarlo, y en cuanto al precio, tratándose de vosotros, no será más que el que pueda ser; y además yo soy más barato que muchos, porque llevo a la Plaza más gente.

Aun trataron de cerciorarse Leandro y Darío de que hablaba en serio, y convencidos de ello, aceptaron incluirle en el cartel, que por exigencia de Sánchez Mejías hubo de ser un mano a mano.

¿Qué moviles movieron a Joselito a

torear esa corrida funesta? Creo que fundamentalmente dos: el primero, aligerar el número de corridas en la Plaza de Madrid, que nunca rehuyó, pero que iba pesando demasiado; el segundo, dar una satisfacción, oficiosa desde luego, al gran cronista Corrochano, distanciado en aquellos días del diestro, y precisamente en aquellos días reanudaba la cordialidad. Conste que la iniciativa de torear la corrida de Talavera fué exclusivamente del torero, y que las insinuaciones que en aquellos días se hicieron de la intervención del gran crítico de toros estaban totalmente desprovistas de realidad.

El día 5 tomaba la alternativa Ignacio Sánchez Mejías de manos de Joselito. Los toros fueron de Vicente Martínez, y Joselito actuó a la altura de su categoría. Ignacio quedó disgustado por su poca suerte al matar. La misma noche de la corrida salíamos para Barcelona. En el tren se lamentaba Ignacio de su poca suerte matando.

—Yo os aseguro —nos decía— que a mí no me da miedo ninguno el toro durante la lidia, y de salida me atrevería a sentarme en el testuz de él; pero cuando cuadra para entrarle a matar, yo no sé qué me sucede que me descompongo y no sé lo que hago.

Un silencio sucedió a esas palabras. Ignacio volvió a requerirnos:

—¿Vosotros sabéis qué será?

Ante tal pregunta, ya directamente formula-

da, Joselito hubo de contestarle:

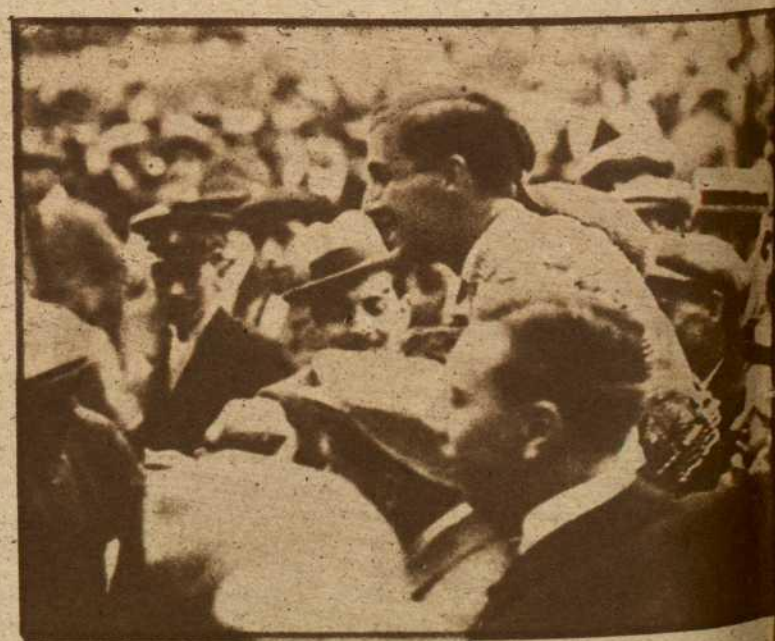
—Para callar a los toros no puede llevarse el brazo pegado al cuerpo, sino —a compañía la acción a la palabra— soltarle dándole a l arrancar más vuelo.

Ignacio hubo de contestarle amoscado:

—Llevo más de un año haciendo el ridículo y tú viéndolo, y no



Un gran par de banderillas del famoso diestro



El torero de Gelves, sacado en hombros después de una de sus grandes faenas

DE BILBAO A TALAVERA con mi último adiós en Madrid

Por JOSÉ MARIA DE COSSIO

se te ha ocurrido decírmelo hasta ahora. José le replicó:

—A ti es al que no se te ha ocurrido preguntármelo.

Creo que en este breve diálogo están retratados dos caracteres inflexibles llamados sin duda al afecto, pero no a la comprensión ni a la intimidad profesional.

La corrida de Barcelona la torearon los dos mano a mano. Fueron los toros de Santa Coloma, y estuvo en ella Joselito admirable. En el quinto toro realizó la última gran faena de su vida. Ignacio comentaba ya en el hotel:

—No se la deja ganar ni de un hermano, ni creo que de su padre si pudiera resucitar.

Asistí con él a las corridas de Ecijá, celebradas los días 9 y 10. Nos detuvimos en Córdoba, en el antiguo monasterio de San Jerónimo de Valparaíso, con los marqueses del Mérito. Lo más interesante de aquellas ferias fué la intervención de Chicuelo, que había tomado la alternativa en el anterior otoño, y al que en un difícil toro de Gregorio Campos ayudó Joselito como peón de confianza.

Su cumpleaños (8 de mayo) lo habíamos pasado en Sevilla, entregados a la melancólica faena de vaciar la casa de la Alameda, donde había pasado los mejores años de su vida con su madre. Próxima a ella, y en el mismo barrio, había adquirido otra que me enseñó con la mayor ilusión,

p u n t u a -
lizándome todos los proyectos de instalación. Su gran amiga, la inolvidable Carmela, marquesa de Valparaíso, iba a ocuparse de dirigir los decorados, muebles, etc.

De regreso en Madrid celebramos en Los Burgaleses una comida, a la que asistió Gregorio Corrochano; Ignacio Sánchez Mejías, íntimo

siempre de Gregorio, fué también de la partida. Tuvo carácter de reconciliación, y por parte de Corrochano, de gratitud, por la iniciativa de Joselito de ir a torear a Talavera.

Aun toreó el día 13 en Valencia, el 15 en Madrid. Una y otra corrida fueron de poco interés; pero la de Madrid se señaló por la violencia del público ante el ganado (de doña Carmen de Federico), que a consecuencia de la glosopeda se caía a cada recorte. Una almohadilla lanzada con violencia dió al diestro en un brazo, y no olvidaré nunca el ademán con que arrojó la muleta al suelo y la dignidad con que sin mirar a nadie se allegó a la barrera.

Cenamos aquella noche, que había de ser la última de su vida, en su casa de la calle de Arrieta. Con él estábamos: su hermano Fernando, Darío López, Leandro Villar y Juan Manuel Urquijo. La cena fué animada. Yo salí con Fernando y llegué hasta el café Regina. Cuando regresé, aún estaba Joselito despierto, y durante una hora estuvimos charlando, lamentando él que yo no pudiera ir a Talavera, por estar pendiente de la grave enfermedad de una sobrina mía, en Valladolid, donde tuve, en efecto, que trasladarme al día siguiente, y con la noticia de la muerte de Joselito sabida.

El 16 por la mañana temprano, serían poco más de las siete, entró en mi cuarto, y allí le sirvieron una taza de manzanilla, pues se quejaba de su vieja afección de estómago. A las ocho fueron a buscarle en coche para ir a la estación. Aun le hice volver desde la puerta para que cerrara la ventana de mi habitación. Recuerdo y consigno tal recuerdo pueril porque fué la última vez que le vi; su despedida en broma, su último adiós.

La corrida de Talavera y su funesto accidente se han contado mil veces, y yo no he de añadir nada nuevo, porque no la presencié. El día 16 debía tomar la alternativa en Madrid Juan Luis de la Rosa. Pasé gran parte de la mañana con él. La corrida se suspendió por lluvia. Don Joaquín Menchero, que no había asistido a la corrida de

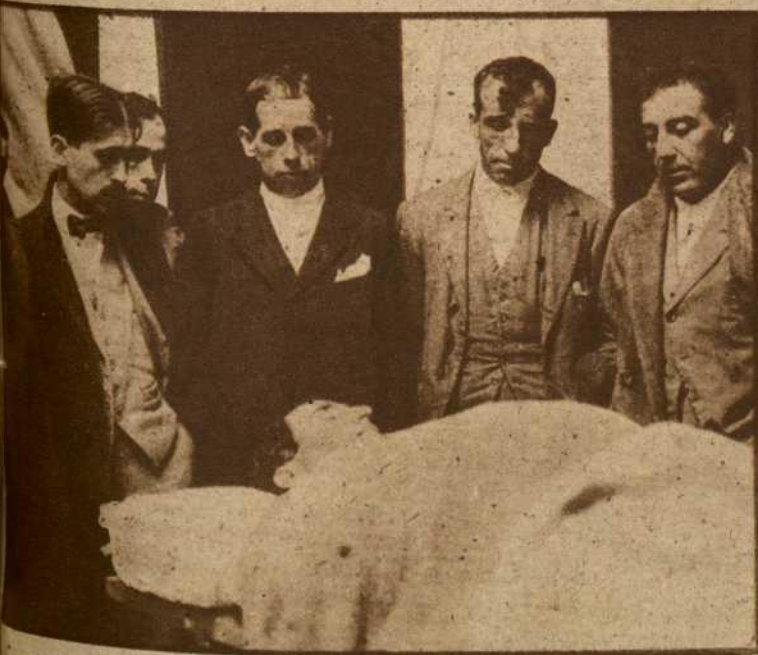
Talavera, me dió a la puerta del Regina la primera noticia de la cogida. Poco después llegaba un telegrama con la de la muerte.

Al día siguiente regresé por carretera; velé el cadáver, al que acompañé a Sevilla. Pero de mi emoción de aquella noche rodando por campos de la Mancha y de Andalucía, metido en un furgón, con la sola compañía de Ignacio Sánchez Mejías, nada diré. Son recuerdos que pertenecen a mis memorias y no a las de Joselito.

El entierro de Sevilla fué impresionante. Don Antonio Flores y el marqués del Mérito me llevaron, primero, a verle pasar por la Alameda; después al cementerio. La caja no cabía en la sepultura provisional preventiva. Algo pasó entonces que acabó de conmover a los que conocíamos la intimidad sentimental de Joselito. Pero de esto no quiero hablar ahora. Aun me faltaba pasar el trago último: la vuelta a la casa de Arrieta a recoger mi equipaje. Sólo conservo de esto el recuerdo de la más pavorosa soledad.



Un pase por alto del torero sevillano



El cadáver de Joselito, rodeado de su cuadrilla, en la enfermería de Talavera



José Gómez Gallito, dispuesto a hacer el paseillo (Fots. Baldomero.)

VEINTICINCO AÑOS DESPUES

BELMONTE HABLA DE JOSELITO



Josecito

"Era capaz de llenar por sí solo una época sin necesidad de competencias ni rivalidades"

"LA VISPERA DE SU MUERTE TOREÉ CON EL EN MADRID"

Más que de su rivalidad en los ruedos españoles, Juan Belmonte prefiere hablar de Josecito, al margen de aquella competencia que encendió la pasión de los públicos y dividió en dos zonas casi irreconciliables a la afición. Sin embargo, en esta ocasión, conmemorativa de la muerte de José, Belmonte ha departido con nosotros largamente sobre la figura cimera del infortunado maestro y sobre su significación dentro de la historia del toreo contemporáneo.

—José —nos ha dicho Juan— fué el torero capaz de llenar por sí solo una época sin necesidad de competencias ni rivalidades... Yo creo que no será jamás superado. Era un lidiador tan completo que siempre estaba por encima del toro, por encima de todos los toros... De ahí que nadie se hiciera a la idea de que pudiera caer para siempre víctima de un toro. A una facilidad suprema unía, además, un conocimiento extenso de la fiesta y de todos sus secretos...

—¿Cuándo vió torear usted por vez primera a Josecito?

—Creo que fué en el campo, en una finca de Pablo Romero.

—¿Cuándo alternó con él la primera vez?

—Fué en Cádiz, en la temporada de 1912. Eramos todavía novilleros y recuerdo que alterné con nosotros Limeño, y se lidiaron bichos de don Carlos Vázquez...

—¿Cómo era Josecito en aquella fecha?

—Mimado ya por los públicos, era natural que se mostrase altivo y celosísimo de su calidad... A mí me ocurrió con él algo curioso. Cierta vez coincidi-

mos en un tentadero. El era el novillero de moda y yo apenas si había dado los primeros pasos. Recuerdo que con una muletilla en la mano, me enfrenté con una vaca de aviesas intenciones... Quise hacerla pasar por el lado difícil, y Josecito me advirtió, casi paternal: «Por ahí no, muchacho, que te cogerá...» No le hice caso y, en efecto, me volteó. Pero yo volví con la muleta a cirlarla por el mismo lado y conseguí que pasara sin tocarme. «Que me iba a coger, ya lo sabía yo...», pero la cosa era torearla por ahí... Aquella petulancia mía le sentó muy mal a Josecito; que no aguantaba lecciones de nadie. Sin embargo, dos años después —en 1914—, cuando comenzó de verdad la rivalidad entre gallistas y belmontistas, tuve ocasión de comprobar que José había cambiado mucho. Seguramente su sentido de la solidaridad —al fin y al cabo estábamos los dos metidos en una profesión arriesgada y difícil— le llevó a profesarme una entrañable y sincera amistad, que tuvo ocasión de probarme en diversas ocasiones...

—¿Es cierto que, en el pleito que mantuvo usted con los ganaderos, la intervención de José fué decisiva?

—Ciertísimo... En aquella ocasión, José hizo causa común conmigo y gracias a su firmeza se resolvió el conflicto fácilmente.

—¿Cómo mantuvo después José la competencia?

—Con una nobleza ejemplar... En la Plaza era temible, porque no se dejaba pisar el terreno por ningún compañero...; pero, por otra parte, era el primero para echar un capote en los momentos de peligro... En las últimas temporadas que actuamos juntos, José buscaba muchas veces, en el hotel o en el pasillo del tren, mi compañía y me abría su corazón, lleno

de íntimos secretos. Más de una vez me habló de sus proyectos matrimoniales, que encontraban cierta hostilidad en la familia de la mujer elegida... Otras veces charlábamos sobre la actitud de los públicos, que cada día exigían más y nos hacían blanco de una injusta hostilidad.

—¿Cuándo torearon ustedes juntos la última vez?

—La vispera de la muerte de José toreamos los dos, con Sánchez Mejías, en Madrid. Se lidiaban toros de Murube y aquella tarde la gente protestó violentamente contra nosotros, insultándonos. A Josecito, aquel ataque airado de la multitud desenfrenada le causó gran impresión. En una clarita del temporal, se acercó a mí y muy afectado me dijo: «Hay que acabar con esto...» Yo le contesté que estaba a su disposición para adoptar la actitud más conveniente. «Creo —me dijo— que lo mejor será que dejemos de torear en Madrid durante una temporada. Quizá cuando pasen unos meses habrá cambiado el panorama». En efecto, Josecito rompió su compromiso con la Empresa madrileña y en lugar de torear en la capital, como estaba anunciado, se fué a Talavera al día siguiente.

—¿Qué impresión le produjo la muerte de Josecito?

—Al principio no me lo creí... Me pasó como a la mayoría de los que le conocíamos... No podíamos suponer que fuera verdad la noticia. Entonces acababa de establecerse el descanso dominical en la Prensa y los domingos por la tarde no había periódicos. Esto hacía que siempre, al anochecer, circulasen rumores fantásticos. Yo creí que el bulo de aquel domingo era la muerte de José. Pero pronto me convencí de la verdad. Un conocido ganadero me llamó

al teléfono para darme tan mala noticia. Recuerdo que estábamos jugando a las cartas con unos amigos, y todos nos quedamos en silencio, sobrecogidos por la emoción. Cuando minutos después me quedé solo, me invadió una infinita tristeza y sentí que las lágrimas me quemaban los ojos. Y lloré como no he llorado nunca en mi vida... Y lo que es peor, contagió mi emoción a mi mujer y a los criados. Cuando nos sentamos a la mesa, ninguno teníamos ganas ni humor para comer...

—¿Qué trascendencia tuvo la muerte de Josecito en los ruedos?

—Se produjo en los públicos un curioso fenómeno que podríamos llamar de «remordimiento colectivo». Se dió el caso de que los espectadores, considerándose en el fondo algo culpables de lo ocurrido —aunque la verdad era que la cédula de Josecito fué un accidente desgraciado en el que para nada intervino la temeridad del torero ni el deseo de ajustarse más de lo debido—, tuviesen más miedo que los propios diestros...

—En su carrera, ¿tuvo alguna influencia la muerte de José?

—Yo me sentí de pronto abrumado por una gran responsabilidad: cayó sobre mí la atención de los públicos. Los que habían disputado tanto en torno a nuestra competencia, no sabían seguramente lo que necesitábamos el uno del otro; hasta qué punto nos complementábamos y nos comprendíamos...

Y Juan Belmonte pone en sus últimas palabras un dejo de evidente amargura...

FRANCISCO NARBONA

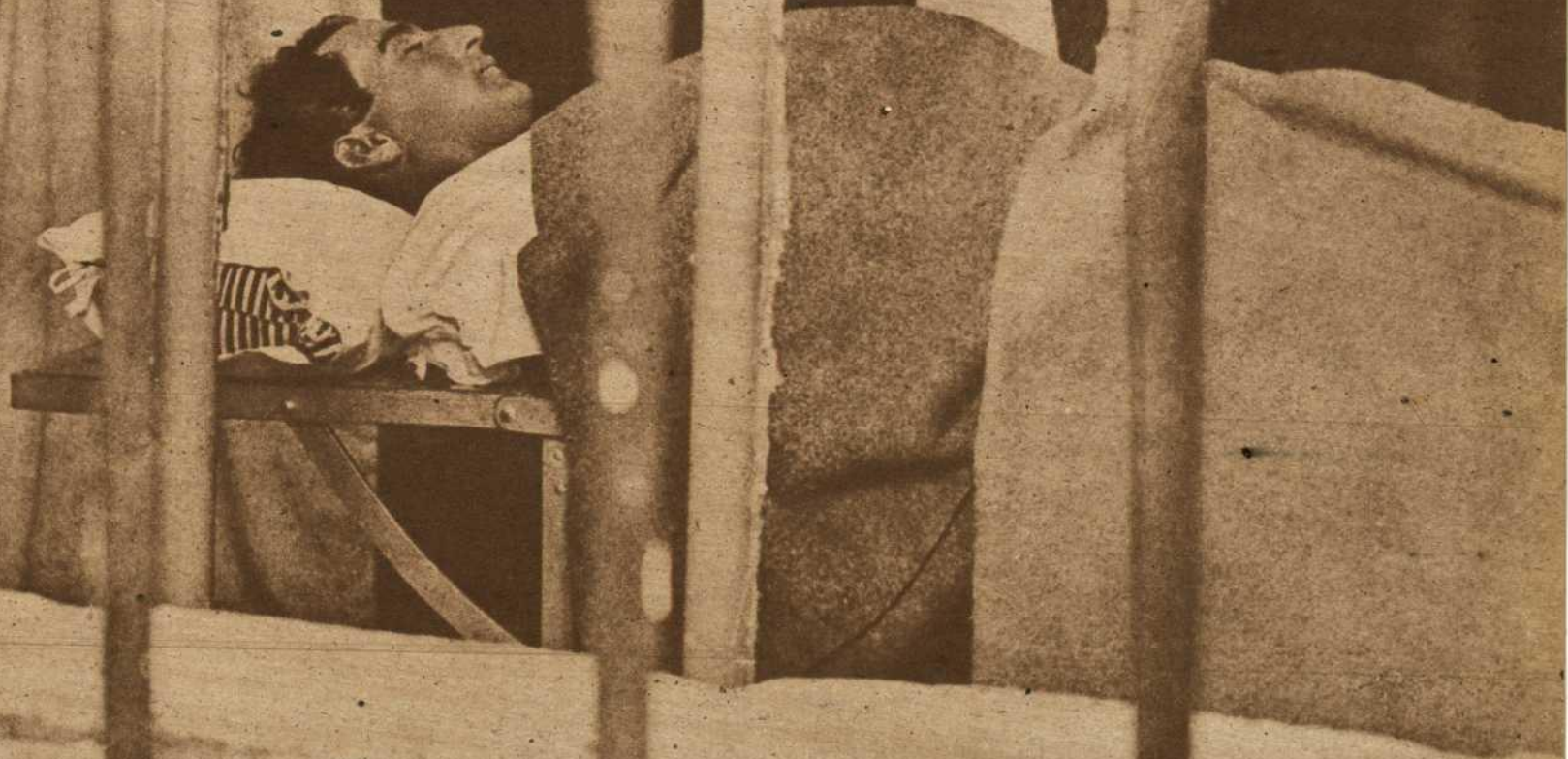


Belmonte



José y Juan en una de sus famosas corridas de competencia

ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS



16 DE MAYO DE 1920

¡AQUELLA TARDE!...

Por Manuel López Marín



Ruedo de la plaza de Talavera. Sobre su arena murió Joselito aquella tarde del 16 de mayo de 1920



El cadáver de Joselito, el Gallo, visto a través de la reja de la enfermería

Plaza de Toros de Talavera. Amanecía.

Madrugada inolvidable. Han transcurrido veinticinco años, y recuerdo aquellas horas como horas de ayer...

En la carretera, bajo las estrellas de aquella noche de mayo, tibia y perturbada, mientras esperaba que el chófer reparase uno de los pinchazos, se detuvo un automóvil, y sus ocupantes nos preguntaron si necesitábamos algo. Dentro del coche descubrí a Rafael, el Gallo. Me acerqué, le di mi emocionado pésame. Rafael fumaba en silencio. Tenía los ojos enrojecidos. Había llegado con los amigos que le acompañaban, uno de ellos el doctor Goyanes, hasta la Plaza de Talavera, y no tuvo valor para entrar a ver a su hermano. «¡Mi hermano ha muerto!... ¡Yo no hago aquí nada!» —me dijo—. Y regresó a Madrid, destrozado.

La sórdida enfermería de Talavera, a aquella hora de la madrugada en que llegué, luz incierta de tímido amanecer, era un cuadro lúgubre que sobrecogía. Caras macilentas; cabelleras revueltas; ojos enrojecidos por el llanto, y allá dentro, en una habitación incómoda y estrecha, sollozos desgarradores. Era Sánchez Mejías, que, tumbado de bruces sobre un camastro, se ahogaba en llanto... «¡Pobrecito mío!... ¡José de mi alma! ¡Dónde has venido a caer!...»

Periodistas, fotógrafos, amigos... Todos con las huellas impresas de una madrugada inolvidable. Fuera, en el patinillo de la Plaza, unos gorriones saludaban a la mañana saltando sobre una parrá, con gorjeos que nos llegaban a nosotros haciéndonos daño en nuestra congoja del momento.

Entré en la habitación donde se desgarraba el dolor de Sánchez Mejías. Me abrazó y me besó. Y como pudo, a pedazos, fué haciéndome el relato de aquella tarde trágica.

La última mañana de Joselito fué de radiante alegría. José bromó con sus amigos durante el viaje. Llegó a Talavera sobre las doce de la mañana. En un coche manual fueron desde la estación al Hotel Europa. Por el camino, Joselito fué dando avivas a

La tarea del periodista tiene muchas horas amargas que hay que afrontar con la entereza que impone el cumplimiento del deber, imperativo categórico que no admite dudas ni vacilaciones. El que esto escribe afrontó esas horas un domingo de mayo del año 1920, exactamente el día 16. Por entonces formaba parte de la Redacción del diario «La Acción», que dirigía el inolvidable maestro de periodistas don Manuel Delgado Barreto.

Eran las siete de la tarde de aquel domingo, 16 de mayo, y me encontraba en la terraza de «Maxim's», en la calle de Alcalá, al lado de lo que son hoy despachos de la Telefónica.

No tenía noticia de la tragedia de Talavera, cuando en dirección hacia mí vi llegar a Bonnat, redactor-jefe de «La Acción» y escritor festivo muy notable. Venía demudado, sin aliento.

—¿Qué le ocurre, Bonnat?

—Mi madre se está muriendo y Barreto me ha encargado que vaya a Talavera a hacer la información de la muerte de Joselito.

—¿Qué dice?

—Sí. Lo ha matado un toro. Váyase usted, López Marín. Coja un coche ahora mismo. Yo no puedo ir...

Así supe la noticia de la tragedia de Talavera. Quedé anonadado; pero había que sobreponerse a la impresión. ¡A ver, un coche!...

Ya se formaban grupos en la calle de Alcalá, comentando la muerte de Joselito. Nadie creía en ella. No era posible que a Joselito lo matase un toro...

Mientras Joaquín Menchero, el amigo entrañable de José (Menchero, el alfombrista, llamado así por ser propietario de una tienda de alfombras que estaba en lo que hoy ocupa el Bar Regio, en la Carrera de San

Jerónimo), estaba con su familia en un palco del teatro Reina Victoria. Allí le llegó la noticia dentro de un telefonema, que era el primer balbuceo de la tragedia, porque el telefonema de Parrita no decía más que esto: «José herido gravemente. Parrita». Pocos minutos después llegó al teatro un chico de Teléfonos con otro despacho. Cadenas vió al muchacho, que, nerviosamente, le dijo al famoso empresario y aplaudido autor que ya estaba confirmada la muerte de Joselito. Entonces, Cadenas cogió el telegrama y se dispuso a llevárselo a Menchero. Le llamó al pasillo de los palcos y, poco a poco, le dió la tremenda noticia. Menchero tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo...

Las nueve de la noche. Madrid ya iba encajando la terrible noticia. Aumentaba la ansiedad de los madrileños el no haber periódicos ese día, por ser domingo. Pero la conversación, inevitable en cafés, bares, tranvías, teatros, cines, era la tarde aquella de Talavera... Había en la atmósfera de aquel domingo madrileño emoción, angustia, dolor y ansiedad. Y personas ajenas por completo a los temas taurinos, preguntaban, indagaban con nerviosa curiosidad.

Madrid, al fin, admitía la realidad de la tragedia. ¡A Joselito lo había matado un toro en Talavera!

Y aquella noche, Madrid entero —no es hipérbolo, lector— tardó en dormirse mucho tiempo, impresionado y sobrecogido.

Encontré un coche a las doce y media de la madrugada que quisiera llevarme a Talavera; un coche que no quiso ponerse a tono con mi impaciencia.

El chófer se equivocó de carretera; pinchamps dos veces... Total, cuatro horas en cubrir los 120 kilómetros que separan a Madrid de Talavera de la Reina. Eran las cinco de la madrugada cuando llegamos a la

La primera noticia en Madrid.-Camino de Talavera.-Una madrugada inolvidable.-La última mañana de Joselito.-El dolor impresionante de Sánchez Mejías.-Rafael no entra a ver el cadáver de su hermano... Las seis cornadas de Bailaor.-La faja del torero.-Estaba escrito.-Las últimas palabras del mejor de los toreros.-Un suspiro y dos lágrimas.-La reja y los gitanos.- ¡¡Adiós, José!!

los novios... porque en aquel coche Manuela parecían el acompañamiento de una boda. Se acostó, y sobre las tres le despertaron. Se vistió su último traje de luces: grana y oro; tomó el capote de paseo, negro, con flores en rojo, y a la Plaza, a emprender su último viaje.

A las seis y cinco saltaba al redondel el asesino Bailaor, negro, 110 kilos, pequeño, cornicorto, pero afilado de pitones: eran dos estiletes. Joselito, que ya había empapado de sudor la taleguilla por los riñones, y se le había soltado la faja tres veces, cogió la muleta y se fue en busca de Bailaor, que estaba aquerenciado con un caballo muerto en los tercios del 1, a la izquierda de la presidencia. Dos pases de tirón y el criminal se le quedó mirando muy fijamente ¡Iba a sonar la hora trágica! Mientras, José se cambió la muleta de mano, y cuando iba a pinchar la tela con el clavo que tiene el palo de la muleta, porque se había desclavado, el asesino se arrancó suave, metiéndose por debajo de la muleta y suspendiendo al torero por el muslo con el pitón izquierdo, pasándose después al otro pitón, que le hundió en el vientre hasta la cepa. Joselito quedó en el suelo agitándose, se cubrió la cara con las manos y tuvo un estremecimiento eléctrico...

Sánchez Mejías se llevó al toro y levantó del suelo a Joselito, que temblaba, pero que no había perdido el color. Antes de llegar a la enfermería, dobló la cabeza sobre el lado del corazón y cerró los ojos. Eran, exactamente, las seis y veinte de la tarde del domingo 16 de mayo de 1920.

A Bailaor lo mató Sánchez Mejías, que mató también el sexto toro, último de la corrida.

Bailaor, lidiado en quinto lugar, no abrió la boca durante toda la lidia. Dió seis cornadas mortales. Cinco a otros tantos caballos que mató, y una, la sexta, a Joselito. Estas fueron las seis cornadas del asesino Bailaor.

No tenía que haberse lidiado esa tarde; pero como

estaba escrito... se lidió. El toro que le había tocado en el sorteo a Joselito era uno jabonero claro, pequeño, gordo, que en el apartado arremetió contra un burladero y se escobilló un pitón. Fue sustituido entonces por el trágico Bailaor. Sí... Estaba escrito.

Joselito llegó con vida a la enfermería. Sobre la cama de operaciones, sin abrir los ojos, exclamó: «Que venga Mascarell!» Fueron las últimas palabras del mejor de los toreros. Después, una pausa de unos minutos... un suspiro débil y dos lágrimas que asomaron; temblorosas, a sus ojos, ya sin vida. Unos instantes más, y dejó de ser el coloso taurino. Eran las siete y cinco de la tarde del domingo 16 de mayo de 1920.

Mientras yacía inerte Joselito sobre la cama de operaciones, en la pantalla de un cine de Talavera se proyectaba una película en la que el famoso torero vivía... en una faena de muleta gloriosa...

En la reja de la enfermería, un ventanuco miserable, se asomaban, trémulos, unos gitanos y lloraban a gritos.

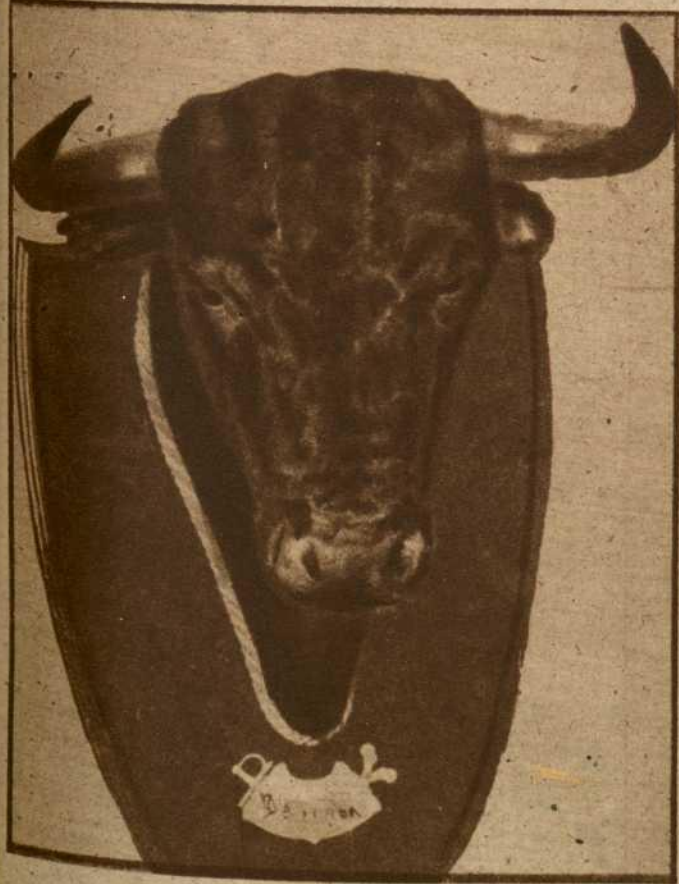
Después... Después, nada. ¿Qué más podía ocurrir después de lo que ya había ocurrido?... ¡¡Adiós, Joselito!!

El parte facultativo, firmado por el doctor Luque, decía textualmente:

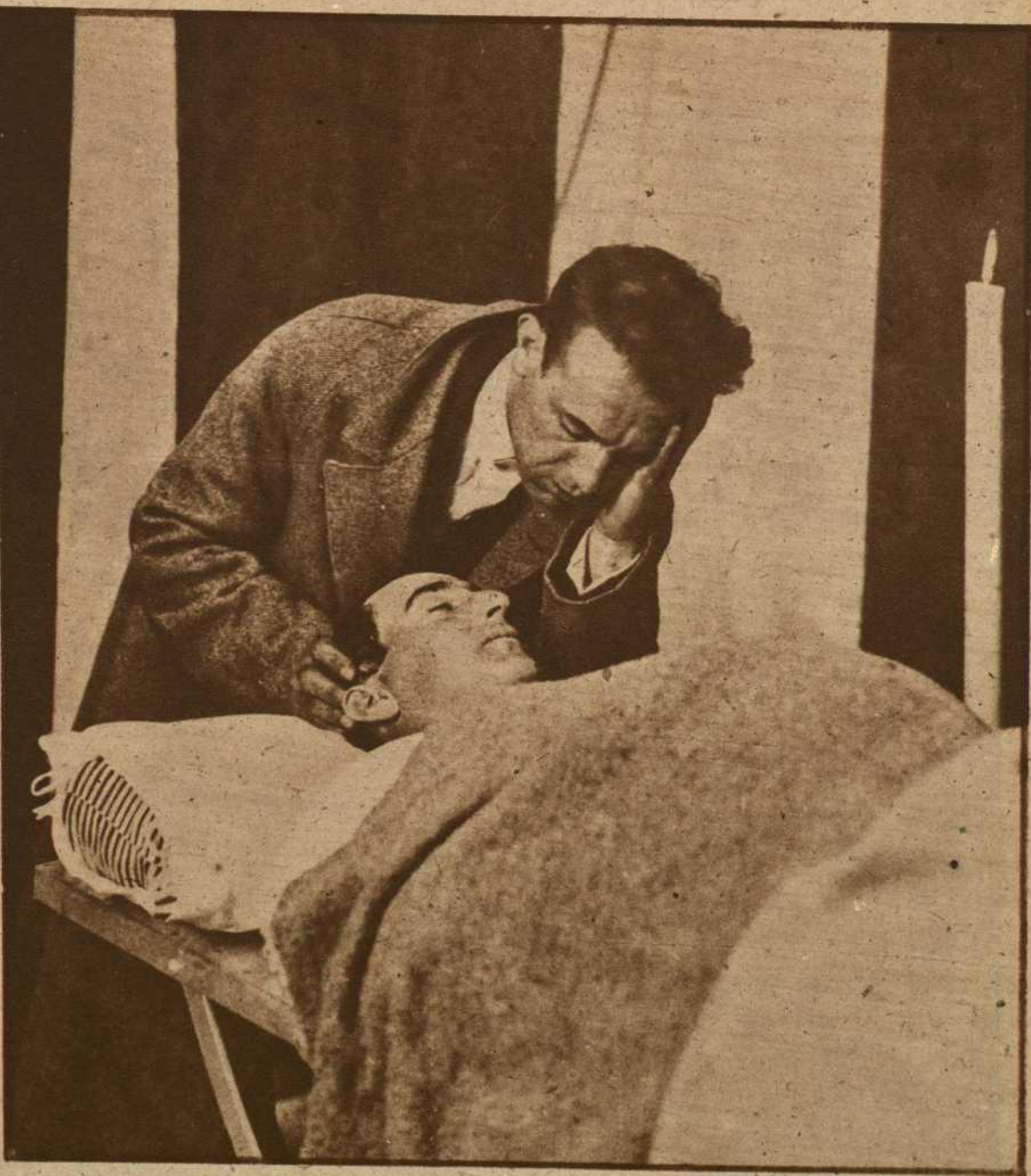
«Durante la lidia del quinto toro ingresó en esta enfermería el espada José Gómez, Gallito, que presenta una herida penetrante en el vientre y región inguinal derecha, con salida del epiplón, intestino y vejiga y gran «cchof» traumático y probable hemorragia interna, y otra herida en el tercio superior del muslo derecho. La primera, gravísima, y la segunda, de pronóstico reservado».

**

Han transcurrido veinticinco años. Para mí todavía está fresca la tinta con la que hice el relato de la tragedia de Talavera en las columnas de «La Acción», y que hoy reconstruyo, renovando el recuerdo de aquel dolor mío de entonces. Dolor y recuerdo, con una oración mía ahora.

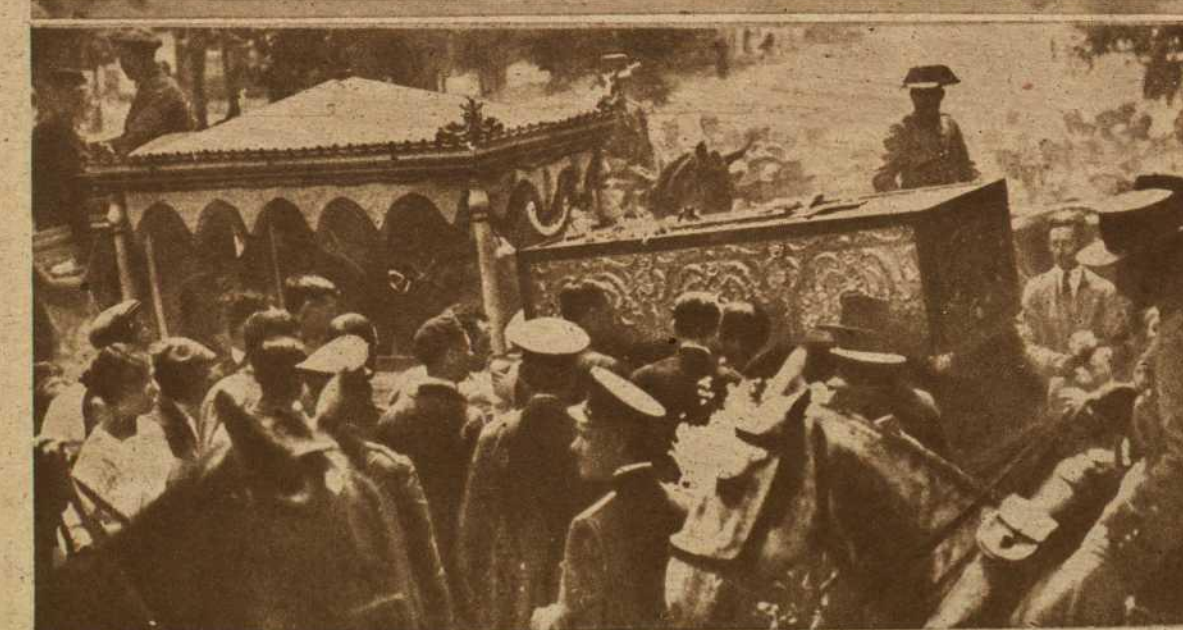
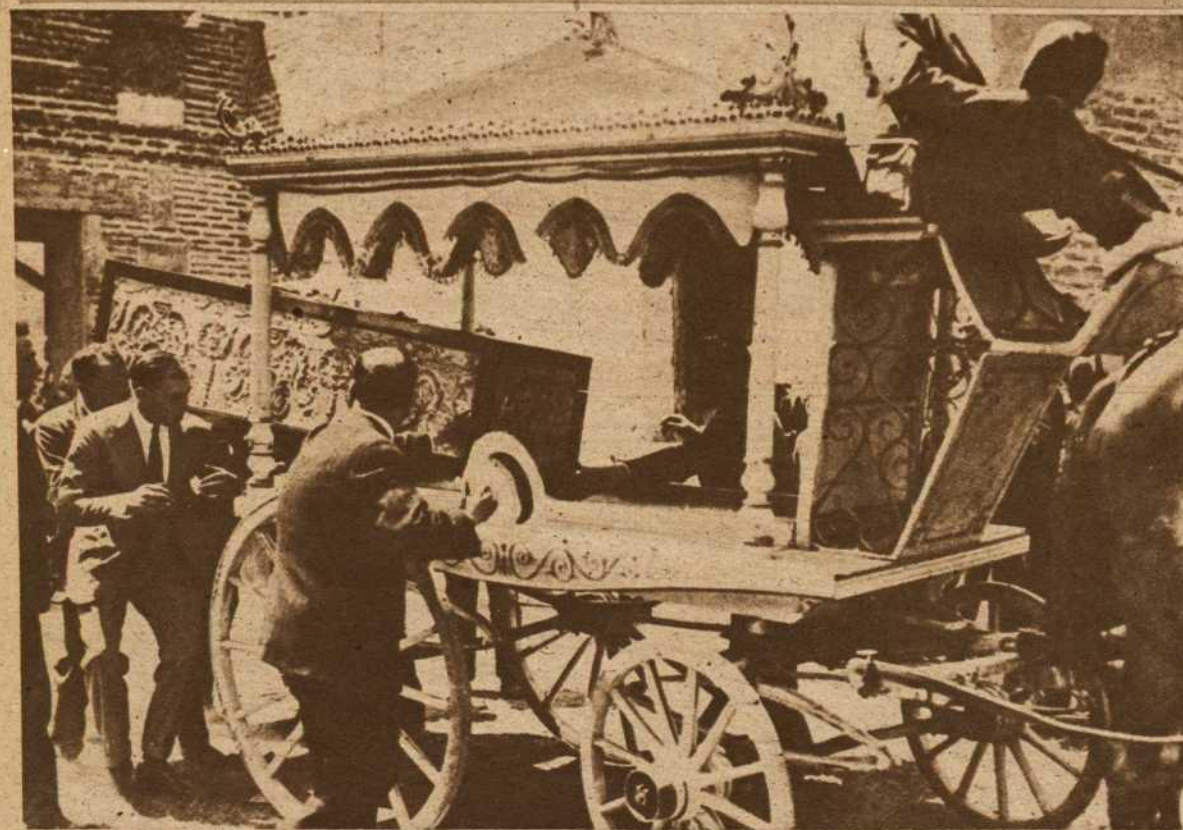


La cabeza del toro Bailaor, de la ganadería de la vinda de Ortega, que causó la muerte a Joselito

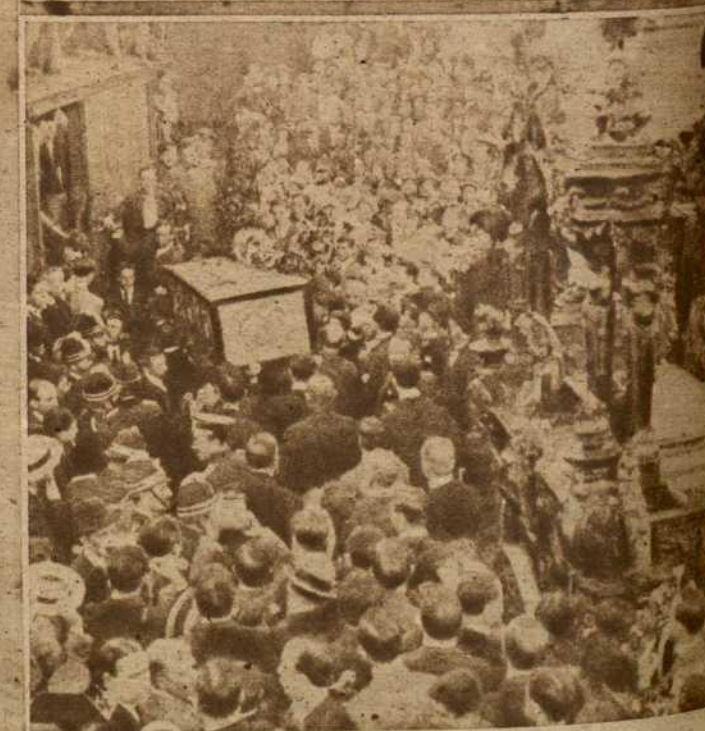


Dolor impresionante de Ignacio Sánchez Mejías ante el cadáver de Joselito. «¡No puede ser! ¡No puede ser!»

El entierro de JOSELITO

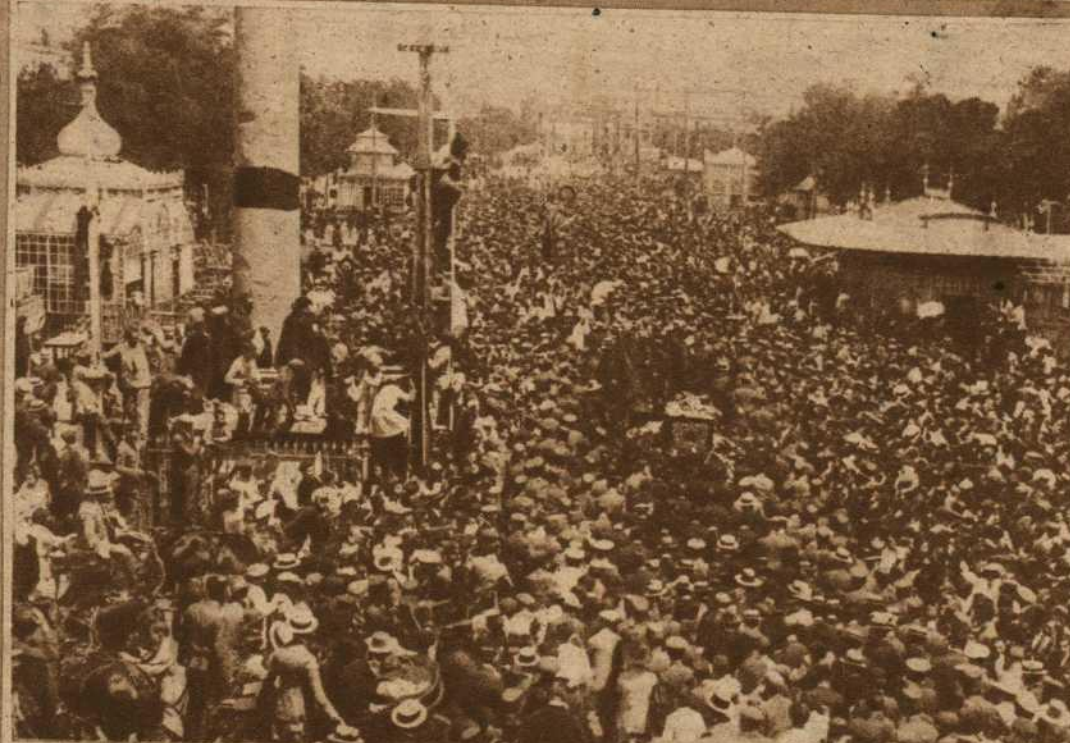
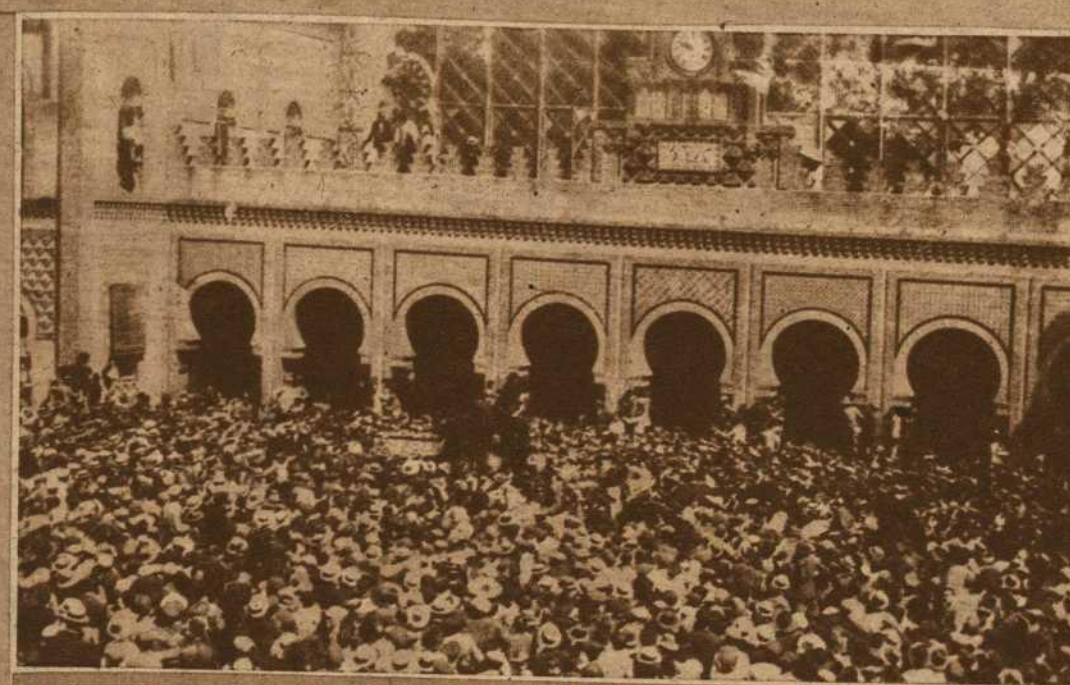


EL ENTIERRO EN TALAVERA: El momento de sacar el féretro. Ignacio Sánchez Mejías en la enfermería de Talavera junto al cadáver de Joselito. El entierro y la llegada a la estación



Madrid, Arrieta, 12; puerta de la casa de José en el gentío, contenido por la fuerza pública, y la llegada a la estación

Talavera-Madrid-Sevilla



SEVILLA: La estación, la Alameda de Hércules y la llegada al cementerio

¡HASTA LOS HERCULES LLORABAN...!

REGRESABA hacia el centro de la ciudad la gente, comentando las incidencias de la novillada celebrada aquella tarde en la Monumental cuando comenzó a correr el rumor de que a Joselito le había matado un toro en Talavera de la Reina. Los más enterados aseguraban que don Manuel Pineda, apoderado del diestro, había recibido un telegrama con la triste noticia. Casi anochecido se supo la verdad. Había llegado, primero, un telegrama puesto a las siete menos veinte, que decía simplemente: "Joselito cornada grave vientre con salida intestinos". El mensaje venía firmado por Parrilla. Una hora después llegó otro más lacónico: "Joselito —decía—, fallecido. Avisen hermanos".

Sobre Sevilla, a la vez que la noche, cayó, alucinante y agobiadora, la trágica nueva. En señal de duelo cerraron los Clubs Gallito y Belmonte.

A las nueve y veinte de la mañana del 19 llegó a la estación de Sevilla el tren que conducía el cadáver de Joselito. Desde Córdoba, donde habían colmado materialmente de flores el vagón, venían acompañando al féretro numerosos ganaderos, toreros amigos... y una comisión del Club Guerrita. Un inmenso gentío ocupaba totalmente los andenes de la estación. La fuerza pública mantenía, a duras penas, abierta una calle para la fúnebre comitiva. En una de las salas de espera se constituyó el duelo, en el que formaban el cura párroco de San Martín, el Cuco y Manolo Martín Vázquez, hermanos políticos de José, el ganadero don José Anastasio Martín y otras personalidades. Después se añadieron al duelo los ex matadores de toros Fuentes, Emillo Torres, Bomba, Algabeño y los espadas en activo Francisco Posadas y Francisco Martín Vázquez. El tren hizo su entrada lentamente para evitar desgracias.

Una comisión de soldados de cuota del Batallón de Ingenieros, en el que había prestado su servicio militar Joselito, se situó a las puertas del vagón donde venía el cadáver, para recibir el último tributo al compañero. El féretro fue sacado a hombros de los banderilleros y picadores de su cuadrilla, quedando depositado en un coche lujoso tirado por seis caballos, con guadrapas negras. Antes de ponerse en marcha el cortejo, el Clero Parroquial, con Cruz alzada, entonó un responso. Seguidamente, en un silencio impresionante, comenzó a moverse la comitiva en dirección al centro de la ciudad. Al pasar ante el Club Gallito, situado en la calle Amor de Dios, una lluvia de rosas y claveles cayó sobre el coche. La llegada a la Alameda fue impresionante. Todos los balcones del gran paseo lucían colgaduras de luto y las columnas de los Hércules aparecían cubiertas con crespones negros. De vez en cuando, sobre el murmullo de la multitud, se distinguía el llanto de una mujer. Al llegar a la Macarena, las campanas de San Gil doblaron a muerto. A la una entró el fúnebre cortejo por las puertas del cementerio de San Fernando. Poco después, llevado el féretro por los hombres de su cuadrilla, el cuerpo de Joselito recibía cristiana sepultura en el nicho número 6 de la calle Virgen María. Aquel día Sevilla no vivió más que para el dolor... "¡Hasta los Hércules lloraron!", escribiría al día siguiente "Don Críterio".

Tanto representaba Joselito para Sevilla, que cuando, pasado el primer instante de abatimiento, se pensó en celebrar los funerales por el eterno descanso de su alma, se escogió el espléndido marco de la catedral. Se celebraron las honras fúnebres el día 22, ante el Altar Mayor del templo metropolitano, y con asistencia del gobernador eclesiástico de la Diócesis, el gobernador civil, el alcalde y otras autoridades, que figuraron en la presidencia.

También en la iglesia de la Macarena hubo funerales por Joselito. La Virgen de la Esperanza vistió durante ellos una túnica negra, que expresaba el luto de la popularísima Hermandad. Al año siguiente, en el paso de la Virgen, una vara con los colores recordaba al hermano muerto. La farfandea del pueblo llegó, con el poeta, más lejos:

Porque se ha muerto José,
este año estrena
lágrimas de verdad
la Macarena.

EPILOGO

EN

BRONCE Y

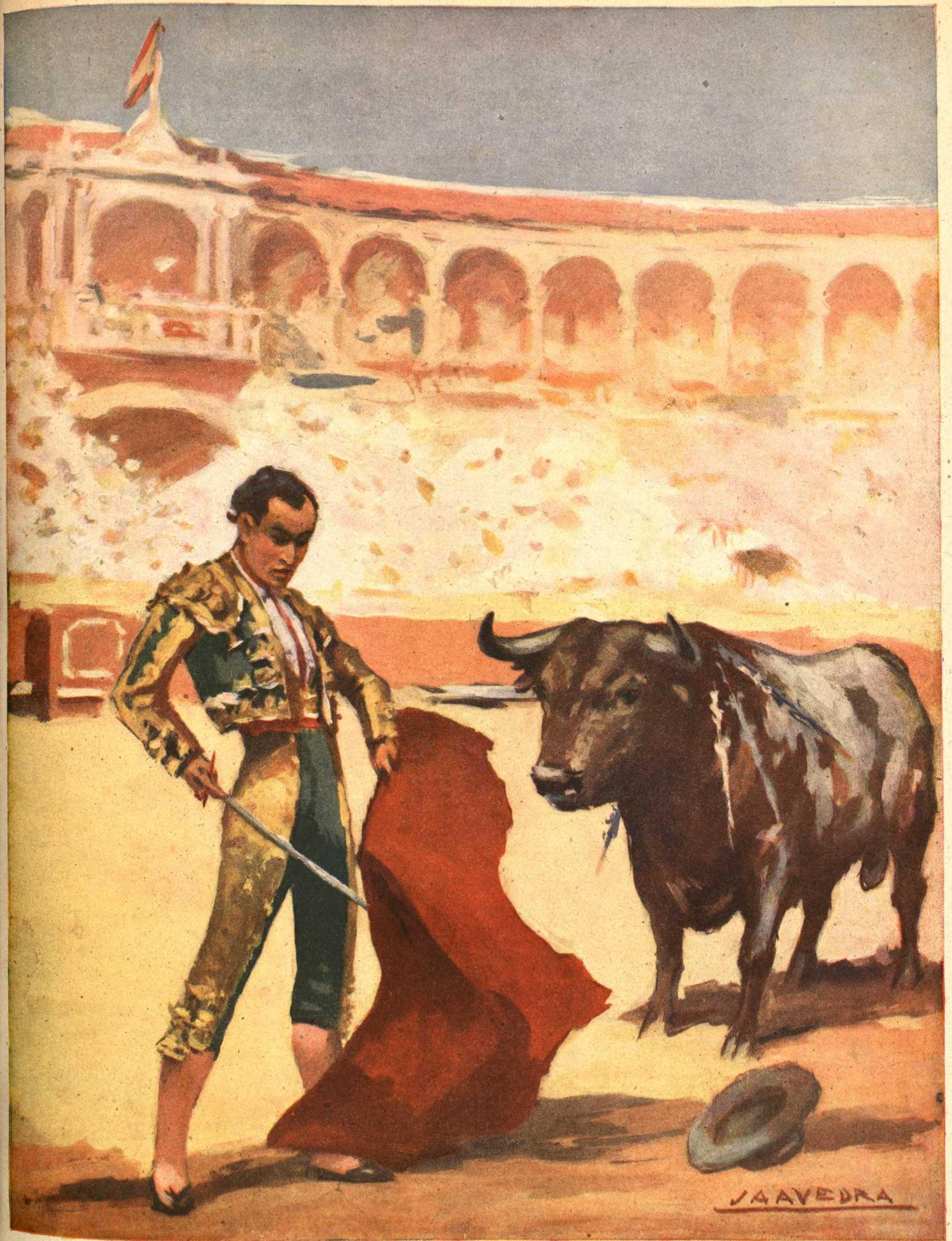
MARMOL

Si alguna vez, lector amigo, la curiosidad o el deseo de rezar ante la tumba de un ser querido, tus pasos te guían hasta el cementerio sevillano de San Fernando, verás, apenas pasado el umbral de los muertos, casi a la entrada de la calle principal, que, jalonada de altos cipreses, parte en dos la imagen del Crucificado, de Salzillo, el mausoleo — bronce y mármol — donde reposan, hasta el final de los siglos, los restos mortales de Joselito.

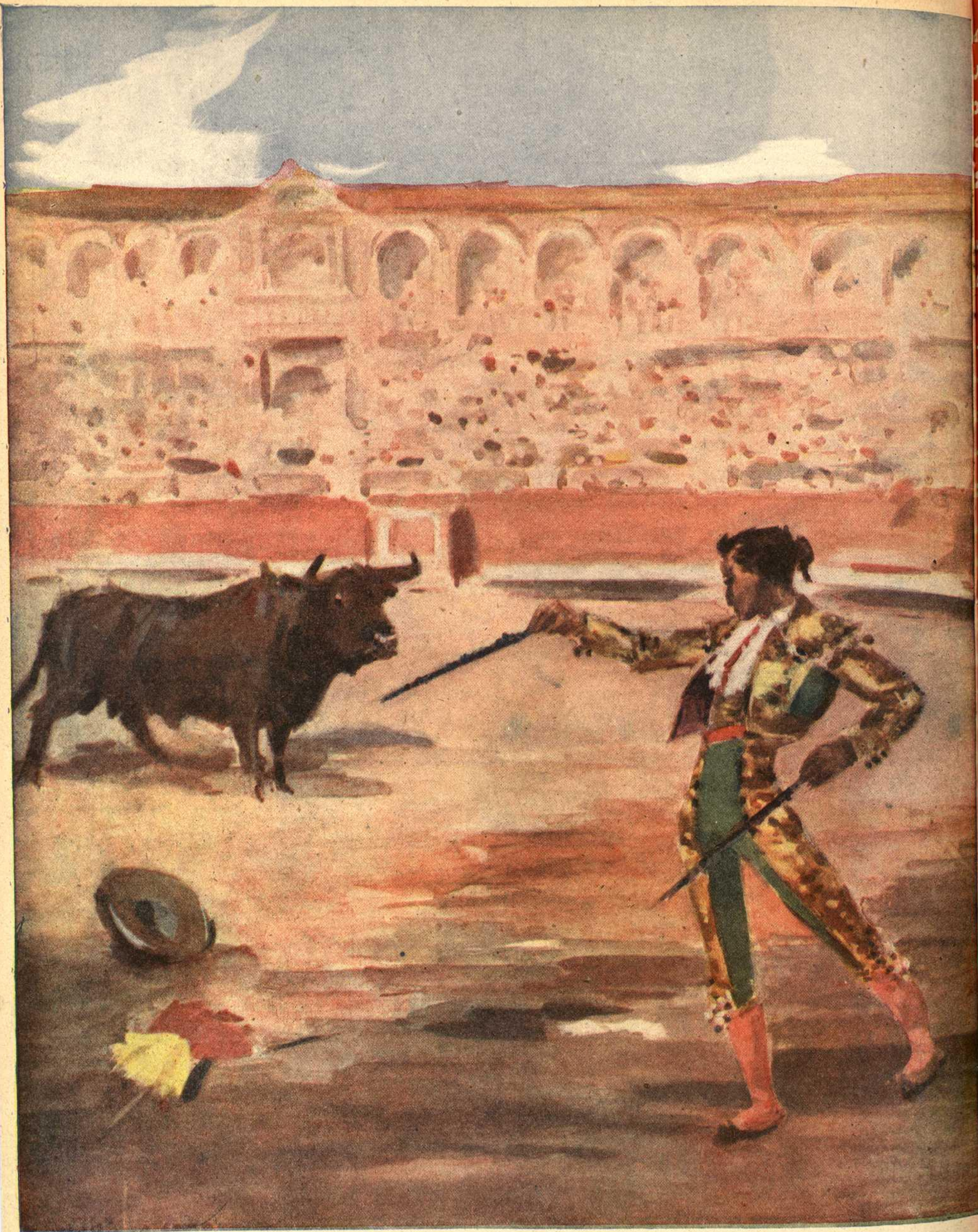
Esta zona del cementerio es, en realidad, un jardín, en el que las rosas crecen entre las lápidas mortuorias. Lejos, queda la triste estantería de los nichos pobres, donde los nombres se multiplican en un reducido espacio. Aquí, en cambio, donde se alza el monumento funerario a José, el cementerio es amplitud de espacios y luces. El artista—Marino Benlliure—no quiso dar al grupo escultórico, que posa su planta sobre la gran losa del panteón, trágicos relieves ni épica grandeza; buscó, sencillamente, la emoción por el suave camino de lo fácil... Por eso no puso ni columnas truncadas ni leyendas altisonantes: simplemente unos gitanos, que confunden sus llantos, a media voz, como el cante bueno, y sobre ellos, en mármol, la juventud apagada, casi dormida, del héroe caído. Y como símbolo de amor celestial, puso en las manos de una gitana, alta, que va delante, la imagen chiquita de la Virgen del Rocío... Los gitanos caminan muy despacio, como si en lugar de llevar a José pasearan por las calles de Sevilla el paso de un Cristo. Van sin prisas, pero seguros de llegar con José hasta las puertas de la Gloria.

FRANCISCO MARBONA





JOSELITO, por Saavedra



JOSELITO, por Antonio Casero